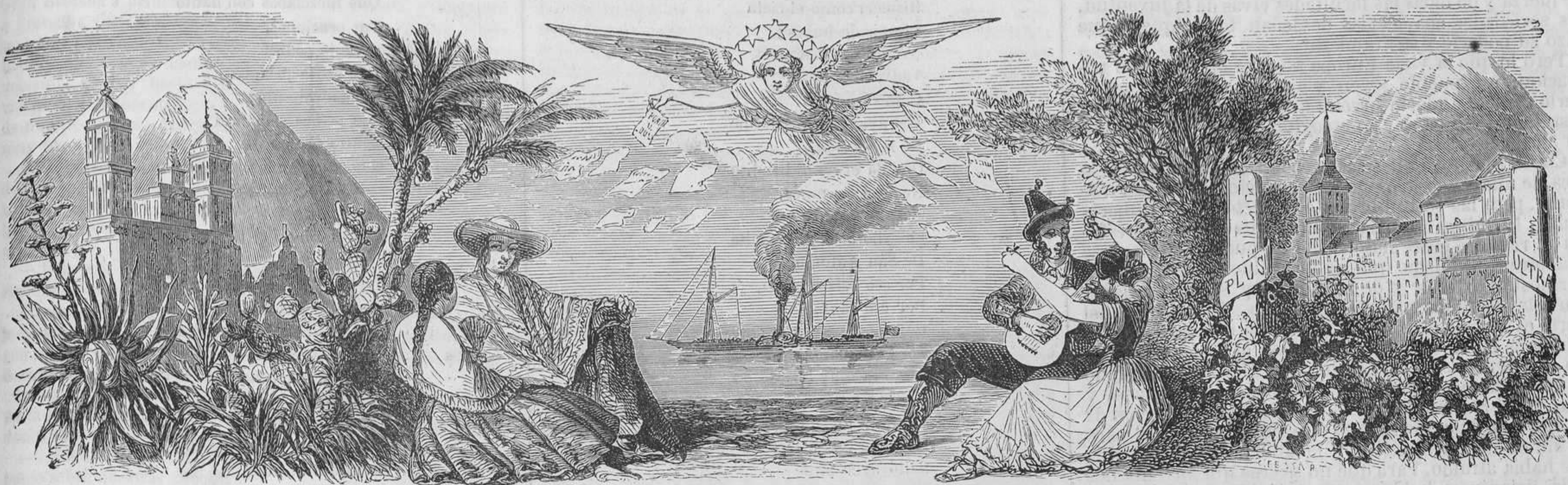


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 100.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

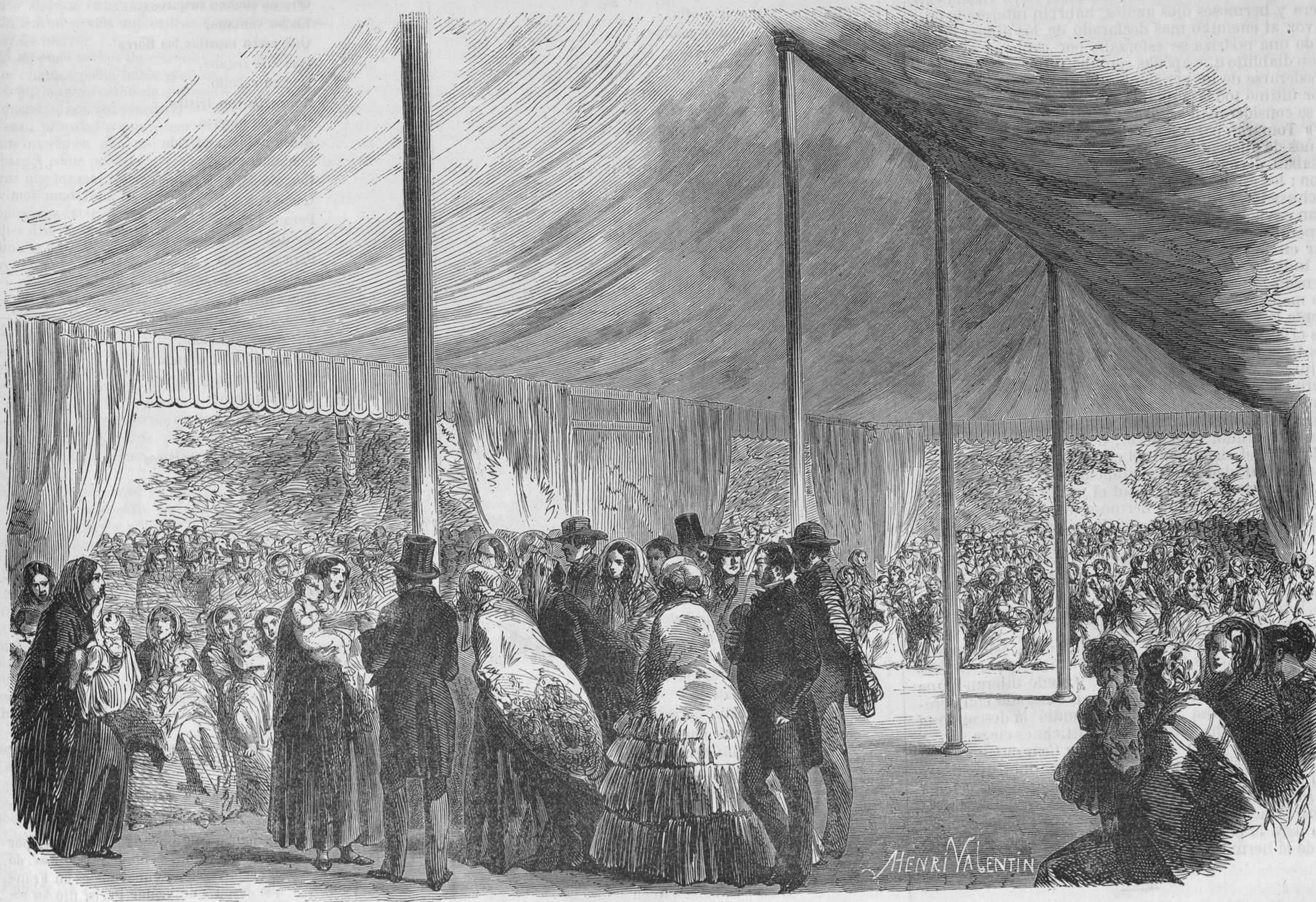
Exposición de los productos mas bellos de la raza humana en Springfield; grabado. — La niña de ojos azules. — Revista de Paris. — Los pieles-rojas; grabados. — La corona de fuego. — El palacio de la Exposicion Universal; grabados. — Taman. — La princesa Mery. — Ligeros apuntes de un viaje por la América meridional; grabados. — El rey de Calabria. — Descubrimiento. — Revista de la moda. — El mes de Noviembre; grabado.

Exposicion

DE LOS PRODUCTOS MAS BELLOS DE LA RAZA HUMANA EN SPRINGFIELD (OHIO.)

La perfectibilidad física del hombre es una cuestion que mas de una vez ha llamado la atención de los sabios. La degenerescencia de la raza europea es un hecho evidente, palpable, que ciertamente deberia sorprendernos en medio de los progresos irrecusables de los métodos modernos de educacion y de higiene si no conociéramos sus causas. No es posible negarlo; el efectivo de los ejércitos manifiesta una reduccion de la altura ordinaria de la talla del hombre en Europa. Hasta la Prusia, tan afamada por la elevada estatura de sus

soldados, no podria presentar hoy muchas compañías de aquellos granaderos predilectos de Federico el Grande. Es de advertir tambien que en Francia las transformaciones de armas que han cambiado tan de raiz la táctica militar, sustituyendo las tropas ligeras á las de línea, han sido motivadas en gran parte por la corta estatura de los soldados. Nada demuestra tampoco que la fuerza corporal entre en los ejércitos actuales como término de compensacion. Cuando las inmortales legiones de la república y del imperio luchaban contra las fatigas de la guerra, no estaban sostenidas únicamente por su valor, sino que necesitaban un vigor físico poco comun; yo dudo que los ejércitos actuales, á pesar de todo su patriotismo, logren igualar aquella fuerza de resistencia que hacia de hierro á los soldados republicanos.



Concurso y exposicion de los productos mas bellos de la raza humana en Springfield (Ohio.)

A pesar de tantas razones fundadas que nos advierten la inferioridad física de nuestra raza moderna, y que hacen temer que la Europa no concluya un día como el Asia, aniquilándose, no veo que nadie se ocupe en buscar un remedio para este mal tan grave. ¿Será que al ejemplo de los viejos que carecen de hermosura, de fuerza y de todas las facultades vivas de la juventud, las sociedades envejecidas desdeñan todo aquello que hizo su poderío y su grandeza?

Pero lo que la vieja Europa no sabe hacer por su población, un pueblo joven y activo acaba de emprenderlo con esa audacia juvenil que camina derecha a los resultados, sin pensar en escogitar los mejores medios de alcanzarlos.

Chocea mucho á nuestras preocupaciones europeas la idea de una exposición de los productos de la raza humana, pero las costumbres y el carácter de los americanos, la quitan ese barniz pueril que tanto se prestaría al ridículo entre nosotros. Los pueblos jóvenes se enamoran, lo mismo que los individuos jóvenes, de la hermosura exterior y de la fuerza, y se enorgullecen con estas ventajas naturales. Además, la América del Norte es el país del mundo donde el desarrollo de la especie se halla mas favorecido por el bienestar y por esa independencia de carácter que liberta al individuo de las falsas nociones de una civilización afeminada, y le acerca á la naturaleza. Esto explica la institución de la *National Baby Convention* ó asamblea nacional para los niños de Springfield, y la afluencia considerable que habia atraído. Para que no se crea que inventamos nada, dejaremos hablar á un periódico de Cincinnati, que escribe en los mismos lugares donde se ha verificado la exposición de que vamos tratando:

« Las madres de la joven América, dice este periódico, habian tomado por lo serio el aviso de la *National Baby Convention*, y el día señalado llegó á Springfield una larga procesion de mujeres con sus encantadoras criaturas. Se habia dispuesto una tienda espaciosa para recibir á las *exponentes*. A las once hubo que cercar la tienda con una cuerda para mantener á cierta distancia á la población adulta que la originalidad del espectáculo habia llamado á aquellos lugares, y para contener su impaciencia hubo que prometer que despues del exámen del jurado, se daría libre entrada á todo el mundo. Habíase elegido entre los miembros de la asociación un comité compuesto de nueve mujeres y seis hombres, que debía proceder en la tienda al exámen de los jóvenes candidatos. En efecto, á las doce en punto los jurados abrieron la sesion; y el interior de la tienda presentaba un espectáculo nunca visto. Las madres y las nodrizas estaban sentadas en círculo con sus pequeños querubines sobre las rodillas; aquí se veía una madre cuya mirada satisfecha corria alternativamente de los jurados á su niño; mas allá habia otra alzando con orgullo una deliciosa criatura, cuya rizada cabellera y hermosos ojos azules, habrian interesado en su favor al enemigo mas declarado de los niños; en otro lado una nodriza se esforzaba por contener otro vigoroso diablillo que apenas contaba un año, y que queria apoderarse de los pendientes de una pequeña vecina, y por último todas aquellas madres estaban vanidosas, y se consideraban seguras de su triunfo.

» Tomaron parte en el concurso ciento veinte y siete niños de diferentes lugares: muchos condados del Ohio estaban dignamente representados en aquella exposición; los estados de Indiana, de Pennsylvania, de Massachusetts, y aun el extremo Sur de la Luisiana, habian enviado á la tienda sus maravillas infantiles. En general, los niños crecidos y robustos parecían dominar en la asamblea. Véase un pequeñuelo del estado de Indiana, de once meses, que pesaba veintisiete libras y media; otro prodigio de este género, de edad de cuatro meses, pesaba veinte libras. Llamaron particularmente la atención dos gemelos del condado de Clark, dos criaturas encantadoras que en todo se parecían.

» Despues de haber terminado su exámen, se retiró el jurado y las madres pasaron al Floral-Hall, donde fueron seguidas por la muchedumbre que queria disfrutar á su vez de la vista de aquel enjambre de pequeñuelos. Se esperaba con viva impaciencia la decision del jurado, y en efecto, á eso de las seis estaba redactado el dictámen del comité, y se procedió con toda solemnidad á la distribución de las recompensas entre los premiados. He aquí el orden de los premios:

» Primer premio. Un hermoso servicio de plata, á la hija de William Romner, de Viena, condado de Clark, de edad de diez meses.

» Segundo premio. Otro servicio de plata al hijo de William McDowell, de Fulton, condado de Hamilton (Ohio), de edad de trece meses.

» Tercer premio. Otro servicio de plata liso á la hija de M. A. Caorn, de Filadelfia.

El periódico de donde tomamos estos pormenores añade que muchas madres se retiraron poco satisfechas de la decision de los jueces, y como dijera á una de ellas que los premios se habian otorgado con arreglo á una rigurosa justicia, respondió la descontenta mirando á su hijo: « Sí, pero la justicia es ciega. »

La sociedad de la *National Baby Convention* cuenta proseguir estos ensayos. Ya en junio último tuvo lugar en el Canadá una asamblea del mismo género, y nada nos sorprendería que esta institución se generalizase en los Estados Unidos y que produjera buenos frutos, si no para la perfección, á lo ménos para la conservación de la hermosura de la raza norte-americana.

La niña de ojos azules.

(DE EL LIBRO DE LOS CANTARES.)

Ved á la dulce niña
De ojos azules
Risueña como el cielo
Limpio de nubes;
¡Vedla qué hermosa,
Vedla coloradita
Como las rosas!
Fué ayer á San Antonio
De la Florida,
Que da el santo bendito
Novio á las niñas,
Y un bello novio
Le salió al dar la vuelta
De San Antonio.
Por eso está risueña,
Por eso canta
Como los pajaritos
Por la mañana,
Que era muy triste
Sin tener un mal novio
Cumplir los quince.
El novio que á la niña
Salió ayer tarde
La jura que la quiere
Porque es un ángel,
Y ella es tan niña
Que cree sus juramentos
Á piés puntillas. —
Niña, palabras dulces
No te seduzcan,
Pues en el diccionario
Las hay de azúcar;
Préndate de hechos
Pues en el diccionario
No se hallan esos.
Si un galan te abandona,
No te dé pena,
Pronto encontrarás otro
Que mas te quiera,
Pues, niña hermosa,
Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.

Niña de ojos azules,
Ojos de gloria,
Si estabas colorada
Como las rosas,
Hoy estás, niña,
Como las azucenas
Descolorida.
Apostemos dos besos
A que adivino
Porqué tienes el rostro
Descolorido.
Por mas que calles,
En este mundo, niña,
Todo se sabe.
Sales todas las noches
A tu ventana,
Y los hondos suspiros
Que en ella exhalas,
Van á la mia
Y me lo cuentan todo,
Todito, niña.
Tienes enferma el alma
De mal de amores,
Quieres y no te quieren...
¡Pícaros hombres!
Así hacen todos,
A la que quiere mucho
La quieren poco.
No me admira el mal pago
De tus amores,
Que amores de este mundo
Buscan los hombres,
Y en mí concepto,
Los tuyos se parecen
A los del cielo.
Tus amores son dulces,
Espirituales,
Metancólicos, puros,
Amores de ángel,
Pues, niña hermosa,
Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.

Te he visto en la Almodena
Muchas mañanas
A los piés de la Virgen
Arrodillada.

¿Porqué escondías
La cara con el velo
De tu mantilla?
Niña, se me figura...
¡Dios me perdone! —
Que mezclabas con llanto
Tus oraciones.
¿Qué le pedias
A la santa patrona
De Madrid, niña?
¿Le pedias venganza
Contra el ingrato
Que su amor te rehusa,
Que un día acaso
Ante la santa
Patrona de la villa
Fe te jurara?
Pero tus dulces ojos
Bien claro dicen
Que es amor, no venganza,
Lo que tú pides.
Quién tu amor siente,
En lugar de vengarse,
¡Perdona y muere!
¡Ay Dios, quién fuera dueño
De tu amor, niña,
Como aquel que te pone
Descolorida,
Que te desdeña,
Que ha trocado las rosas
En azucenas!
Porque tienes el alma
Que yo ambiciono,
Y el amor de los cielos
Miro en tus ojos,
Pues, niña hermosa,
Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.

—
¡Silencio!... ¡Las campanas
Tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
De ojos de cielo?
Sin duda es ella,
Que no la he visto ha dias
En la Almodena,
Que no suenan suspiros
En su ventana,
Que están mustias las flores
Que ella regaba,
Que su cabello
Adornaba con tristes
Rosas de muerto.
Yo la hubiera querido
Con alma pura,
Como quieren las almas
Como la suya;
Pero esa niña
Me dijo: « Un amor basta
Para una vida. »
Vengan sus desamores,
Otras mujeres,
Pero... ¡ bendita aquella
Que amando muere,
Por mas que el mundo
Siembre ironía y burlas
En su sepulcro!
Mas allá del martirio
Se encuentra un cielo
Donde los nobles mártires
Tienen asiento,
Donde halla siempre
Amor de los amores
Quien de amor muere;
Y en él está la niña
Desventurada
Que lloró en la Almodena
Muchas mañanas,
La niña hermosa,
La de ojitos azules,
Ojos de gloria.

ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

Revista de Paris.

Los periódicos ingleses han publicado una carta escrita por una joven perteneciente á una familia muy distinguida de Londres, que vino á pasar este verano algunos meses en Francia con sus padres, y que despues de visitar Paris, fijó su residencia para concluir la temporada en una casa de campo situada en una aldea de los alrededores. Trátase de una histo-

ria muy curiosa, ó para hablar con mas verdad, de un cuento de duendes cuya explicacion hasta el dia es ignorada. He aquí la carta :

Sir James, mi madre, mi hermano Carlos y yo dejamos la Gran Bretaña á principios de la última primavera, y llegamos á Francia; visitamos las principales ciudades del Norte y pasamos en Paris algunos meses, hasta que en agosto último tomamos una casa de campo en las cercanías de la capital que debíamos habitar hasta fines de octubre. Sir James continuó viajando, y mi hermano, mi madre y yo entramos en posesion de nuestro palacio campestre que nos alquilaron á un precio muy bajo.

A los pocos dias de estar allí instalados supimos por los aldeanos que habitabamos en una casa desierta hacia mucho tiempo, porque en ella habia un duende. Esta revelacion nos hizo reir mucho á todos, incluso los criados que eran franceses.

— Pues sin duda es el fantasma, me dijo mi madre sonriendo, quien nos despierta por las noches con sus pasos.

Efectivamente, mas de una vez habiamos oido ya un paso lento como de una persona que iba y venia en el piso superior, pero habiamos pensado que seria nuestra doncella que dormia sobre nuestra alcoba.

Al otro dia, como tambien aquella noche nos habian despertado aquellos pasos, mi madre preguntó á Creswell, nuestra doncella :

— ¿Quién se divierte en levantarse por las noches á dar un paseo sobre nuestras cabezas?

— Nadie, respondió la jóven, encima de la alcoba hay una guardilla inhabitada.

Ocho ó diez dias despues, Creswell vino á decir á mi madre, que todos nuestros criados franceses querian abandonarnos, porque habia un duende en la casa, añadiendo que con este motivo se contaba en el pueblo una historia horrible. Parece ser que aquella casa con otras posesiones pertenecian á un jóven huérfano que estaba bajo la tutela de uno de sus tios, el cual le trataba de un modo tan cruel, que acabó por ponerle una argolla al cuello; como despues desapareció, hubo de presumirse que el tio le habia matado. El asesino habia vendido de antemano cuanto pudo vender de la herencia de su víctima, y abandonó de repente la casa. Esto habia pasado hacia muchos años; la casa habia tenido ya dos dueños, y aunque ambos la alquilaron varias veces, ningun inquilino permaneció en ella largo tiempo.

— ¿Y tú crees esas tonterías? preguntó mi madre á Creswell.

— No lo sé, señora, respondió la doncella, pero en la guardilla que cae sobre la alcoba de Vds. hay una cadena de hierro con una argolla que puede Vd. ver si gusta.

Nos levantamos para cerciorarnos de aquel hecho, y subimos la escalera con mi hermanito Carlos. Efectivamente, como Creswell nos habia dicho, hallamos en el piso superior un inmenso desvan enteramente vacío, con paredes de ladrillo, y en un rincon se veía una cadena á cuya extremidad pendia un collar de hierro.

Yo no pude ménos de estremecerme pensando que una inocente criatura podia haber perecido allí víctima de un horrible suplicio, pero como no podiamos creer en la existencia de los duendes, nos convencimos de que aquellos rumores absurdos eran propalados con intencion por las personas que tenian algun interés en que no se habitara nunca aquella casa. Sin embargo, como por otra parte era muy desagradable para nosotros que los mal intencionados pudiesen penetrar en ella, resolvimos mudarnos lo mas pronto posible, y entretanto nos propusimos estar alerta.

Diez dias despues de haber formado este designio, mi madre examinando á Creswell cuando vino para vestirla, la vió con el rostro muy pálido y con aire enfermizo.

— ¿Estás mala? la preguntó.

— ¡Oh! señora, replicó, tengo motivos para estarlo.

— ¿Pues qué ha pasado?

— Hemos tenido un miedo tan horroroso esta noche, que ni mistress Marsh ni yo podríamos dormir en adelante en el cuarto que habitamos.

— Está muy bien, respondió mi madre; os acostaréis las dos en nuestro gabinete; pero dime lo que os ha espantado.

— Alguien ha atravesado por nuestro cuarto durante la noche; las dos hemos visto una persona, pero ocultamos la cabeza entre las sábanas, y hemos estado aterrorizadas hasta esta mañana.

Al oír estas palabras, yo no pude ménos de echarme á reir; pero Creswell se deshizo en lágrimas. Viendo que realmente se hallaba en la mayor afliccion, la dije para consolarla que teniamos apalabrada otra habitacion, y que dentro de poco dejaríamos nuestra residencia actual.

Algunos dias despues mi madre me mandó que fuera á su cuarto con mi hermanita, y la trajera su bastidor de bordado para preparar la labor del dia siguiente. Acababamos de tomar el té, y al resplandor de una lámpara que siempre estaba encendida por la noche subiamos ya la escalera, cuando vimos delante de nosotros una figura humana larga y delgada que llevaba una bata flotante, y cuyos cabellos caian sobre sus hombros. Creimos que era nuestra hermanita Hannah, y la gritamos :

— No te canses, Hannah, que no tenemos miedo de tu persona.

Al oír estas palabras, la figura desapareció en un nicho de la pared, y como al pasar por delante hallamos el hueco vacío, pensamos que nuestra hermana se habia escapado de un modo ú otro, y que habia huido por la escalerilla falsa.

Cuando contamos el incidente á mi madre, nos respondió :

— ¡Cosa rara! Hannah se quejaba de que la dolia mucho la cabeza, y se acostó hace ya un buen rato. Fuimos al cuarto de Hannah, y la encontramos sumergida en un profundo sueño. Alice que estaba trabajando al lado de su cama, nos aseguró que se habia dormido hacia mas de una hora. Cuando contamos todo esto á Creswell, la pobre muchacha se puso pálida como la muerte, y exclamó que la figura

descrita por nosotros era exactamente igual á la que les habia espantado tanto.

Por este tiempo vino mi hermano Enrique á pasar algunos dias con nosotros, y le dimos un cuarto en el piso superior al otro lado de la casa. A la otra mañana de su llegada, cuando bajó para almorzar, preguntó á mi madre, un poco incomodado, si la noche precedente le habia creído borracho en un estado incapaz de apagar la luz, puesto que le habia mandado vigilar por los criados franceses. Mi madre respondió que no habia ordenado semejante cosa, pero Enrique persistió en sus recriminaciones, añadiendo :

— Ayer noche despues de acostado ya, salté de mi cama, abrí la puerta, y á la claridad de la luna distinguí al pié de la escalera á uno de esos franceses con una bata flotante y los cabellos caidos sobre los hombros. Si no hubiera estado en camisa habria corrido á él y le habria administrado unos cuantos bofetones para que aprendiera á vigilarme.

Estabamos entonces á punto de dejar la casa, y pocos dias ántes de nuestra marcha recibimos la visita de M. Atkins con su señora que habian venido de Paris á vernos. Les dimos cuenta de aquellos hechos extraordinarios, añadiendo que era muy desagradable habitar en una casa donde podian penetrar personas desconocidas, aunque á la verdad no hubiesemos descubierto cómo ni cuáles eran sus intenciones, fuera del deseo de espantarnos. Concluimos diciendo que nadie podia dormir en el cuarto que habian ocupado Marsh y Creswell.

La señora de Atkins se echó á reir al oír estas palabras, y dijo que desearia pasar la noche en ese cuarto si mi madre queria permitirlo, pues no tenia miedo á ningun fantasma.

Mi madre accedió gustosa, y nuestra amiga suplicó á su marido que se volviera á casa conel criado y la enviara su traje de dormir. M. Atkins se sonrió, y la dijo que era bien temeraria, pero no la disuadió de su proyecto y la envió sus atavíos nocturnos. Efectivamente, á la hora acostumbrada nuestra amiga nos dió las buenas noches, y se metió en su cuarto con su perrillo sin la menor señal de miedo.

Al otro dia cuando bajó nos quedamos sorprendidos de su mala cara. La preguntamos si habia tenido miedo, y nos respondió que se habia despertado por el ruido de una persona que andaba por su cuarto; abriendo los ojos descubrió muy distintamente una forma humana, y su perro, que de ordinario se pone á ladrar por nada, se habia quedado mudo é inmóvil, á pesar de todos sus esfuerzos para excitarse. Vimos claramente que habia tenido mucho miedo. Cuando llegó su marido, y la dijo que habia soñado, para disipar sus terrores, ella se incomodó hasta lo sumo. Despues que se marchó, mi madre dijo que no podia creer en la existencia de un fantasma errante por la casa, y que sin embargo deseaba no ver al sér misterioso que tanto espantaba á todo el mundo.

Tres dias ántes de mudarnos, habia yo dado un largo paseo á caballo, y rendida de cansancio me dormí en cuanto estuve en la cama. En medio de la noche me desperté súbitamente, pero no sabia decir lo que era, pues el ruido de pasos no producía ya en nosotros ningun efecto, tan acostumbrados á él estabamos. Yo me acostaba con mi madre, y tenia la cara vuelta hácia ella : cambiando de posicion me encontraba mirando al cuarto, y ví entonces cerca de una cómoda al lado de la ventana una figura alta y delgada con una bata flotante; uno de sus brazos se apoyaba en la cómoda y sus ojos estaban clavados en la cama.

Yo descubrí esa figura distintamente al resplandor de nuestra lamparilla que alumbraba muy bien : era un jóven delgado y pálido, cuyo rostro manifestaba una tristeza tan profunda, que no lo olvidaré en mi vida. Me asusté mucho, lo confieso, y temblaba que mi madre se despertara y descubriera al fantasma, pero el ruido de la respiracion me anunció que dormia con un sueño pacífico. En aquel momento dieron las cuatro, y pasó una hora, por lo ménos, ántes de que hubiese yo tenido valor para volver á mirar al cuarto; cuando tuve al fin bastante resolucion para mirar de nuevo hácia la cómoda, ya no habia nadie; sin embargo, no habia oido el menor ruido, aun cuando escuchase muy atentamente.

No me volví á dormir, y me alegré mucho cuando Creswell tocó á la puerta, como tenia la costumbre de hacerlo todas las mañanas, por la razon de que nosotras nos encerrabamos todas las noches; yo me levantaba siempre y abría la puerta, pero esta vez exclamé contra el uso :

— Entra, la puerta no está cerrada; pero ella me respondió que sí lo estaba, y tuve que levantarme.

Cuando conté á mi madre lo ocurrido, me agradeció que no la hubiera despertado y elogió mucho mi valor; pero como yo quiero á mi madre entrañablemente, mi atencion no tenia nada de extraordinario. Mi madre no quiso permanecer una noche mas en la casa, y en efecto la abandonamos aquel mismo dia, despues de haber hecho una visita general con todos nuestros criados para ver si se podia entrar allí por fuera de las vias ordinarias; pero por mas que buscamos no pudimos descubrir nada.

Aquí concluye esta carta, y ahora si se considera el número de las personas que habitaban aquella casa, el valor y la incredulidad de la familia en cuanto á supersticion, el interés del casero para descubrir la estratagema que ahuyentaba á todos sus inquilinos, se comprenderá que la persistencia del fenómeno es cosa muy rara; sentimos que su explicacion no se halle á nuestro alcance.

Y ya que de fenómenos tratamos, vamos á concluir esta revista con un hecho no ménos extraordinario tomado de los periódicos franceses, que á su vez lo copiaron de los diarios alemanes y cuya veracidad se halla probada por hombres competentes de Munich, Berlin y Viena :

Una condesa muy rica habia tenido en su primer matrimonio dos hijos gemelos á quienes adoraba. Despues de haber temido mucho tiempo que murieran á causa de su débil organizacion, se decidió á salir de Alemania, su patria, donde poseia una grande y magnífica casa de campo é inmensas propiedades. Habiendo viajado sin destino fijo durante algun tiempo, resolvió, segun el dictámen de los mas alabados médicos, establecerse en Italia. Allí, bajo la influencia de su hermoso

cielo, los dos gemelos se desarrollaron notablemente; pero conservando siempre la excesiva impresionabilidad nerviosa que desde su mas tierna infancia habia amenazado su existencia. La semejanza de estos era prodigiosa; ambos se dedicaron á cultivar las artes, y á los diez y seis años se les citaba ya como profesores de pintura; pero como justamente en aquella época les sobrevino una nueva crisis acompañada de los mismos síntomas y dolores, convinieron los médicos en que para impedir la repeticion de aquellos ataques nerviosos, era necesario separarlos.

Al principio se negaron obstinadamente; pero convencidos al fin por las súplicas de su desolada madre, consintieron en aquella dolorosa separacion, dejando que la suerte designase al que habia de alejarse. Alfredo marchó á visitar la Grecia y el Egipto, y durante su ausencia, que debia ser de un año, escribía diariamente á su madre y hermano, enviándoles al mismo tiempo sus bocetos y cuadros. ¡Cosa extraña! el jóven que habia quedado en Italia escogia para sus cuadros exacta y simultáneamente los mismos asuntos que su hermano. Cada vez que llegaba un cajon de Atenas ó Alejandría, y se examinaban las pinturas y aguadas que contenia, se hallaba que eran idénticas á las hechas por el hermano, pero con tal exactitud, que ni aun los mismos artistas podian notar la más mínima diferencia.

Un dia, al volver Alfredo de una excursion al alto Egipto, murió repentinamente, y los médicos enviaron á la familia el proceso verbal detallando todas las circunstancias que habian acompañado á la muerte del desgraciado jóven. El mismo dia, á la misma hora y en circunstancias idénticas, el que habia quedado en Italia murió pronunciando las mismas palabras que su hermano.

La pobre madre, que aun era jóven, no sucumbió á aquella deplorable desgracia; partió para Alemania donde su marido ocupaba una elevada posicion, y dos años despues dió al mundo por segunda vez otros dos hijos gemelos, exactamente parecidos á los que habian muerto tan desgraciadamente.

Recibieron en el bautismo el mismo nombre que sus antecesoras, y por una fatal coincidencia, todas las circunstancias que habian presidido al desarrollo de los primeros se reprodujeron fielmente en los segundos; las mismas crisis, los mismos síntomas y las mismas simpatías. Fue preciso viajar. Esta vez, la desgraciada madre marchó á España : los dos jóvenes experimentaron la misma aficion por la pintura, y al llegar á la edad de diez y seis años, dia por dia, entramos cayeron enfermos. En su consecuencia se dispuso su separacion : esta vez la madre se resistió enérgicamente; pero, vencida al fin por la persistencia de los médicos que declararon que los jóvenes se morirían si permanecian juntos, á causa de la prodigiosa semejanza de su organizacion nerviosa que absorbía mutuamente el principio de su vitalidad, consintió en que uno de sus hijos hiciese un viaje al Mediodía de España.

La suerte designó por segunda vez al que se llamaba Alfredo. Volvióse á reproducir el mismo fenómeno de intuicion. El uno dilujaba en Madrid ó en Barcelona lo que el otro pintaba en Cádiz y con la misma notable semejanza. El dia en que Alfredo iba á ponerse en viaje para reunirse con su madre y hermano, cayó enfermo y murió á la misma hora que su hermano exhalaba el último aliento en los brazos de su desconsolada madre.

Ambos pronunciaron al morir las mismas palabras que habian pronunciado sus hermanos diez y seis años ántes.

La infortunada madre no pudo sobrevivir á tan terrible desgracia.

MARIANO URRABIETA.

Los pieles-rojas.

M. Jorge Catlin ha sido uno de los primeros escritores que han elevado la voz en favor de los indios. El curioso viajero ha pasado ocho años entre esas tribus, iniciándose de un modo completo en sus hábitos y costumbres, y del resultado de sus investigaciones en el interior de la América del Norte se desprende que el carácter general de los indios, no es como muchos autores pretenden, sombrío y cruel en sus malas pasiones, sino que por el contrario se halla admirablemente preparado para recibir los beneficios de la civilizacion, con tal de que no se empleen para imponérselos ningun medio tiránico.

Vamos á seguir detenidamente á M. Jorge Catlin en su viaje, acompañando su curiosa descripcion con los dibujos trazados por la propia mano del viajero sobre los mismos lugares :

Sali de San Luis, dice M. Catlin, en direccion al fuerte que la compañía americana de pieles ha establecido en una vasta llanura, á la embocadura del Yellow-Stone, en medio de un hermoso país que ha merecido el nombre de *tierra de Epicuro*. Este fuerte construido para proteger á los traficantes contra las hostilidades de los salvajes, es muy sólido y se halla bien armado de cañones : á él acuden los indios que van á vender los productos de su caza. Mi viaje de San Luis al fuerte (mas de 700 leguas) duró cerca de tres meses. Era la primera vez que un vapor subia el Missuri hasta tan arriba, y por consiguiente tuvimos que luchar con mil dificultades. El Missuri es el rio mas original que existe en el mundo. Yo experimenté un sentimiento de temor cuando el buque salió del Missisipi para entrar en el Missouri, cuya corriente desde la embocadura del Yellow-Stone hasta su confluencia con el Missisipi va siempre creciendo con un ruido formidable, arrastrando en su curso montones de tierra de sus orillas. Sus aguas son muy opacas, y las orillas se hallan sembradas de restos de árboles que han quedado allí á conse-

cuencia de los derrumbamientos del terreno. Algunos de estos árboles han echado raíces en el fondo del río y presentan sus copas al nivel del agua. Este bosque acuático espanta al viajero á primera vista, porque en efecto los islotes y los bancos de arena que se encuentran se hallan sobrecargados de esos árboles cuyas especies y grupos dispuestos de un modo singular varían lo bastante para producir incesantes sorpresas en la travesía.

Los habitantes de esas comarcas no habían visto jamás un vapor, de modo que es fácil adivinar cual sería su asombro. Al acercarnos, aquellas pobres gentes se arrojaban con el rostro en tierra, invocando al *Grande-Espiritu*, y ofreciéndole en sacrificio sus perros y sus caballos. Cuando fondeábamos delante de alguna aldea, los habitantes se prosternaban á orar hasta persuadirse de que nada les sucedería á sus jefes, cuyo deber era venir á bordo para descifrar el misterio singular que ante ellos se presentaba.

A nuestra llegada al fuerte fuimos saludados por el cañon, cuyo ruido unido á los gritos penetrantes de los salvajes, formaba un concierto nunca oído. Los muchos indios que se hallaban entonces reunidos en el fuerte para sus negocios, nos dieron una comida suntuosa compuesta de carne de perro, de rabo de castor y de lengua de búfalo, los manjares mas exquisitos que puedan ofrecer á un extranjero. En el fuerte los indios están sin armas, pues es de rigor que deben depositarlas en manos del director del establecimiento. Por este motivo es muy curioso el espectáculo que presentan todos esos hombres, enemigos jurados unos de otros, y que viven en paz por un momento.

Para principio de mi viaje me hallaba pues admirablemente favorecido, pues tenia allí muestras de las tribus mas hermosas y ricas, como los blackfeet, los crows, los assinebonios, los knisteneos, etc. Los muchos pueblos que habitan el territorio indio en el na-

forman la mas numerosa y guerrera de todas las tribus del continente; ocupan todo el país desde la embocadura del Yellow-Stone, á lo largo de las orillas del alto Missouri hasta las montañas Pedregosas; su número se

forma como un rodete de un pié: solo en los dias de gran gala suelta su negra cabellera con orgullo, que va barriendo el suelo.

Cuando los crows pierden un miembro de la familia, se cortan una parte de sus cabellos; una mujer que se pone de luto por su marido ó por un hijo, se corta de raíz el pelo. Las mujeres crows lo mismo que las blackfeet no son hermosas; como todas las indias, son esclavas de sus maridos y se hallan condenadas á las tareas mas humildes, sin tener derecho para asistir á ninguna ceremonia religiosa ni á ningun baile.

No puedo dar mejor idea del traje y del aspecto de esos hombres rojos que reproduciendo aquí, entre los muchos retratos que de ellos hice, el de un jefe blackfeet, un excelente indio de unos 50 años que se llama Stu-Micks-o-Sucks (Grasa de joroba de búfalo). Lleva una túnica hecha con dos pieles de gamo perfectamente arregladas; las costuras se hallan cubiertas con tiras de bordados, que bajan hasta la mano, y de los hombros á los piés lleva, á guisa de franja, mechales de cabellos negros que provienen de los enemigos que mató en los combates; estos trofeos se estiman mucho entre los indios. Sobre su manto de piel de búfalo se ven pintados toscamente todos los episodios de su vida; sus mocasines negros son tambien de piel de gamo, y van adornados como su túnica. En la mano lleva una pipa cuyo tubo tiene á lo ménos cinco ó seis piés de largo, rodeado de sedas trenzadas de todos los colores.

Las labores de la pipa las trabajó él mismo en una piedra roja de un carácter bastante original, piedra que solo se encuentra en un sitio llamado la *cantera sagrada*, donde los indios van á buscarla en peregrinacion, y donde segun la ley del *Grande-Espiritu* los enemigos están obligados á tratarse como amigos.

Tambien hice el retrato de uno de los hombres mas extraordinarios de la tribu de los blackfeet, aunque no



El rio Missouri.

eleva á 40 ó 50,000; son el terror de todos sus vecinos, y sus enemigos mas encarnizados son los crows que, ménos numerosos, pierden en sus continuos combates muchos de los suyos, y es probable que ántes de poco serán completamente destruidos por los blackfeet. Es-



Mágico haciendo sortilegios cubierto con una piel de oso.



Jefe de la tribu de los Piés-Negros. (Blackfeet.)

tas dos tribus son las que gastan los mejores trajes; pero los crows tienen la ventaja de poseer una elegancia, una gracia y una dignidad de maneras que les hacen superiores á los otros en este punto. Se les reconoce por sus vestidos blancos hechos de pieles escogidas y mejor preparadas que las que llevan los blackfeet. La mayor parte de los hombres tienen seis piés de alto, y casi todos se cuidan tanto el pelo, que á veces les arrastra mas de un pié. Es de advertir que este privilegio solo pertenece á los hombres, pues las mujeres aunque tengan cabellos con profusion, no pueden darles ese desarrollo. El jefe actual de los crows se llama *Long-Hair*, nombre que proviene de su cabellera la mas larga que he visto; tiene diez piés y algunas pulgadas. Habitualmente la recoge sobre su cabeza de modo que



Mágico encantador.

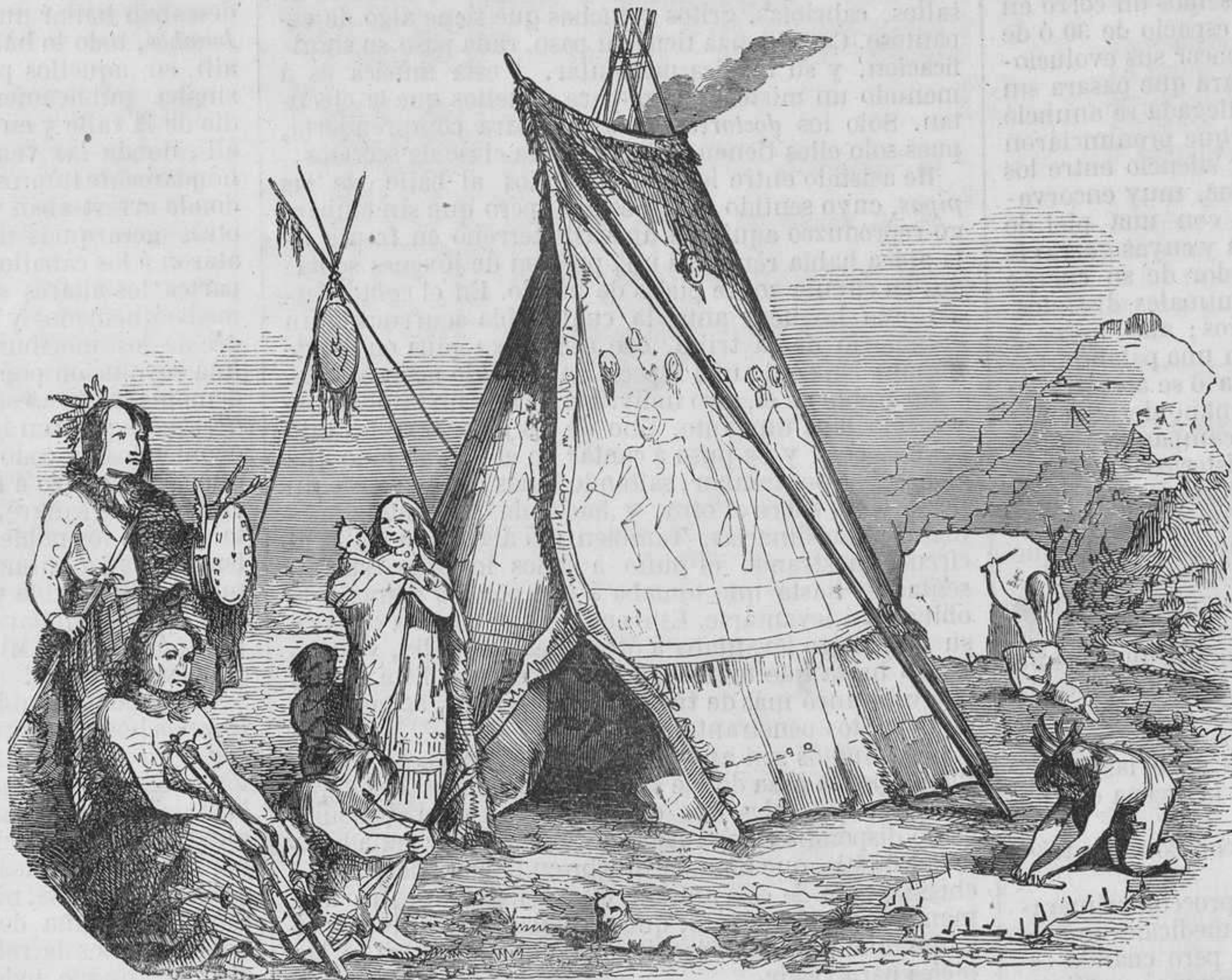
cimiento del Missouri, son en efecto los mas bellos y los que visten con mas riqueza; independientes y felices se hallan enteramente en su estado primitivo. A su cabeza figuran los crows y los blackfeet; estos últimos

sea jefe, llamado *Pee-to-pie-Kiss* (garras de águila); lleva en la cabeza una especie de casco de piel de armiño con cuernos de búfalo, privilegio reservado al hombre que ha merecido el sobrenombre glorioso de



Emigracion de los Pieles-Rojas.

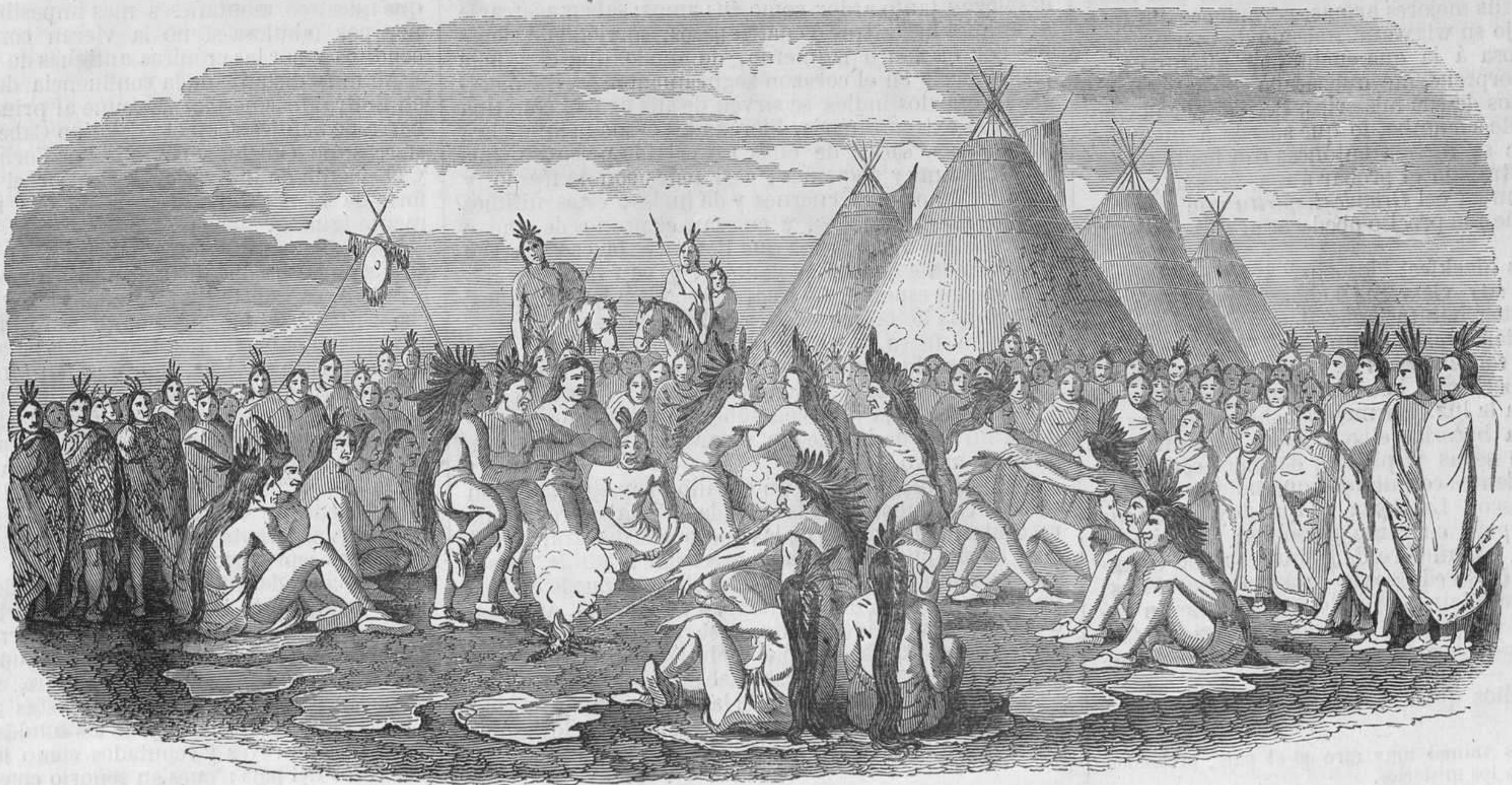
valiente entre los valientes. Los títulos de Pee-to-pie-Kiss á ese honor insigne, se hallan justificados por la enorme cantidad de cabellos y de cráneos enemigos que cubren completamente su traje. En la mano lleva una lanza de 14 á 15 piés de larga, y de ella cuelgan dos pieles, que es lo que llaman *bolsas de misterios*. Esto merece una explicacion: La supersticion entre los indios llega á un punto extraordinario, y el móvil de toda su vida es el misterio (*medicina*). Esta palabra de difícil definicion comprende muchas cosas; se aplica á todo lo que les parece excepcional, y cada uno lleva consigo su *misterio*. Es una piel cualquiera, de cuadrúpedo, de ave, de reptil ó de insecto, con mil adornos singulares segun el gusto del que la lleva. Esta bolsa va siempre suspendida de alguna parte del cuerpo del indio, ó la lleva en la mano; es la protectora de su vida y su ídolo; hay fiestas en honra de la bolsa de los misterios, como hay tambien mortificaciones y penitencias cuando



Un wigwam ó choza de los Pieles-Rojas.

se cree hallarla ofendida. En cuanto un jóven llega á la edad de trece años, deja el techo paterno por muchos dias, y va á encerrarse en alguna gruta lejana donde invoca al *Grande-Espiritu*; se acuesta en el suelo y hace abstinencia, y cuando duerme, el primer animal, ave o reptil con que sueña, queda designado para ser el guardian de sus dias. Entónces toma sus armas, se va de caza y no vuelve sino con el objeto deseado que debe guardar toda su vida para que sea su fuerza en los combates, y el espíritu que, despues de su muerte, debe conducirle sano y salvo á las grandes cacerias del otro mundo.

Solo una vez en la vida se puede coger la bolsa, por lo cual el indio defiende furioso en la guerra su *misterio*, pues si viniera á dejarle en manos de su enemigo, por bien que hubiera combatido en favor de su país, su reputacion quedaria perdida bajo el epíteto degradante de *hombre sin misterio*, así como tampoco puede conquistar la estimacion de los guerreros sin ha-



El baile de las pipas entre los Pieles-Rojas.

ber cogido una bolsa al enemigo. Esto explica porqué Pee-to-pie-Kiss lleva dos á la punta de su lanza.

Para iniciar desde luego al lector en esta parte importante de la historia de las costumbres de los indios, voy á contar una escena de un carácter trágico y grotesco á la vez que presencié cuando estuve en el fuerte, y esto sin perjuicio de otras narraciones curiosas sobre el mismo asunto.

El destacamento de knisteneos que se hallaba allí para sus tráficos, habia vivido en buena inteligencia con los blackfeet. Los knisteneos, una vez terminadas sus operaciones, se despidieron cordialmente de todo el mundo, blancos y pieles-rojas y se pusieron en camino.

Uno de ellos, que se habia escondido en un rincón sin que lo notaran, halló ocasion de hacer fuego sobre un jefe de los blackfeet, que estaba á pocos pasos, y le hirió con dos balas en medio del cuerpo. Los blackfeet, indignados con aquella cobardía, se apoderaron de sus armas y se lanzaron en persecucion de los knisteneos á quienes arrollaron y pusieron en fuga. No habia ninguna esperanza de conservar la vida al jefe herido y se juzgó á propósito llamar al *medicina-man*, esto es, al médico, profeta, sumo sacerdote y oráculo de la nacion.

Este hombre que acumula tantos honores, es uno de los funcionarios mas altos y venerados de la tribu. En todos los consejos de paz ó de guerra se coloca al lado de los jefes; se le consulta sobre todas las decisiones que se van á tomar, y se respetan mucho sus opiniones. Jamás una fracción de la tribu, por pequeña que sea, se pone en camino sin que la acompañe un personaje tan importante y precioso. Se llamó pues al *medicina-man*. Muchos centenares de espectadores, indios y blancos, rodeaban al pobre blackfeet que estaba en la agonía. Nos invitaron á que formásemos un corro en torno del moribundo, dejando un espacio de 30 ó de 40 piés para que el doctor pudiera hacer sus evoluciones, y tambien se le abrió calle para que pasara sin rozarse con ninguna persona. Su llegada se anunció con algunas palabras sacramentales que pronunciaron los indios, y despues reinó el mayor silencio entre los asistentes. Entonces descubrí al doctor, muy encorvado, andando lentamente y vestido con una piel de oso (4) cuya cabeza le servia de careta y cuyas garras le colgaban delante del brazo; al rededor de su cuerpo iban suspendidos otros despojos de animales distintos, como serpientes, ranas y murciélagos; alas, picos y uñas de aves, cuernos de gamos, y en una palabra, pedazos de todo lo que vuela, marcha ó se arrastra en esa parte del mundo salvaje. En la mano derecha llevaba una especie de pandereta con campanillas sobre la cual habia dibujados atributos misteriosos, y en la izquierda tenia su lanza mágica; al ruido que hacia su pandereta cuyas campanillas agitaba andando, añadia gritos guturales y gruñidos como los del oso, que salmodiaba dirigiéndolos al *Grande-Espiritu*.

De este modo se aproximó al pobre agonizante; luego se puso á bailar en torno suyo acariciándole y dándole vueltas en todos sentidos. Esta ceremonia duró media hora en medio de la sorpresa y del silencio religioso de los asistentes, hasta que al cabo espiró el paciente. El doctor siguió bailando un instante al rededor del cadáver, luego le despojó de sus vestidos y de las insignias de su ministerio y desapareció de la escena con un aplomo maravilloso.

Esta escena grotesca me dejó en el corazón una tristeza profunda.

En los casos ordinarios, el oráculo procede primeramente por prescripciones puramente medicales que se reducen al empleo de ciertas yerbas; pero cuando estos remedios no producen efecto ninguno, entonces apela á sus misterios, que son el último recurso. Si por casualidad el enfermo vuelve á la vida á pesar de esos absurdos, el escualpido indio cubierto de sus mas ricas vestiduras y de sus mejores armas, permanece durante muchos dias bajo su wigwam, rodeado de una muchedumbre numerosa á la que cuenta, sin ninguna modestia, la cura sorprendente que acaba de hacer y los indudables efectos de sus misterios. Pero si por el contrario, el paciente sucumbe, lo que sucede á menudo, nuestro hombre se mezcla entonces con los llorones, costándole poco trabajo el probar á esas buenas gentes que era la voluntad del *Grande-Espiritu* que muriese el enfermo, y que fué preciso obedecer al *Grande-Espiritu*.

Los crows, los blackfeet, los siux y los assinnehonios construyen sus wigwams ó chozas casi de la misma manera. Estas habitaciones tienen la forma de tiendas y se hallan hechas con pieles de búfalo cosidas juntas y puestas sobre estacas de veinticinco piés de altura, con una abertura á la extremidad por donde sale el humo y entra la luz. Las mejores chozas son las de los crows; para hacerlas eligen pieles blanquitas que adornan con sedas y plumas de todos colores, y que pintan por dentro con dibujos que no dejan de ser bastante pintorescos. La choza de que doy un dibujo tiene capacidad para cuarenta personas; las estacas que la sostienen, en número de treinta, fueron cortadas en las montañas Pedregosas de árboles seculares; la tienda tiene veinticinco piés de alto y es de un aspecto agradable. En una de las caras exteriores está pintado el *Grande-Espiritu* y en la otra el *Espiritu-laligo*.

Cuando los indios quieren cambiar de campo para

(4) Como el oso es animal muy raro en el país, pretenden que es propicio para los misterios.

seguir los rebaños de búfalos, destruyen estas tiendas en pocos minutos, y las trasportan fácilmente al sitio del país donde se marchan. He asistido entre los siux á una de esas traslaciones de seiscientas tiendas y he aquí lo que presencié:

El jefe envió sus pregoneros para anunciar que se iba á poner en camino; á la hora fijada para la marcha, la tienda del jefe flotó al viento, despues que arrancaron las estacas; esta era la señal: en el mismo instante otras seiscientas tiendas flotaban en los aires, y en algunos minutos se hallaban en el suelo; los perros, los caballos, los hombres, las mujeres, todos cargados, se hallaban dispuestos á ponerse en marcha. Habian sujetado á los flancos de los caballos las estacas mas largas de las tiendas, cuyas extremidades arrastraban por el suelo, y luego habian puesto otros palos atravesados sobre los cuales iba arrollada la tienda misma, con una porcion de objetos caseros, y sobre el monton se habian colocado cuatro ó cinco niños y mujeres. Los caballos iban llevados de las bridas por las mujeres, que tienen ese oficio. Algunas sin embargo montaban sobre los animales y llevaban un niño en los brazos, y detrás de la caravana corria una jauría de perros alborotadores, cada uno de ellos con su carga. De este modo se fueron en busca de un campamento á siete ú ocho millas de distancia, á una llanura donde pensaban encontrar buena caza.

He dicho que las mujeres indias estaban proscritas de las ceremonias y de los bailes, lo que debe ser para ellas la mayor de todas las privaciones, pues el baile aquí es la diversion mas en voga. Los indios tienen muchas clases de bailes, religiosos, misteriosos, etc., y danzan muy á menudo. Estos ejercicios no son grotescos mas que en apariencia, y para el que ignora la importancia que los dan, no es mas que una mezcla de saltos, cabriolas, gritos y luchas que tiene algo de espantoso. Cada danza tiene su paso, cada paso su significacion, y su música particular, y esta música es á menudo un misterio, aun para aquellos que la ejecutan. Solo los *doctores* son aptos para comprenderla, pues solo ellos tienen la llave de esa clase de secretos.

He asistido entre los assinnehonios al baile de las *pipas*, cuyo sentido se me escapó, pero que sin embargo reproduzco aquí; en un vasto terreno en frente de la aldea habia reunidos una porcion de jóvenes sentados en círculo sobre pieles de búfalo. En el centro ardia una hoguera ante la cual habia acurrucado un dignatario de la tribu, con una larga pipa en donde fumaba lanzando una especie de gruñido acompasado.

En frente de él, otro individuo tocaba un tamborcillo y salmodiaba un canto. Uno de los jóvenes se levantó súbitamente y se puso á cantar en el mismo tono que el hombre del tambor, saltando unas veces sobre un pié y otras sobre el otro, y haciendo las contorsiones mas extraordinarias. Tambien dió algunas vueltas al círculo mostrando el puño á todos los que estaban sentados, hasta que tomaba á uno por las manos y le obligaba á levantarse. Este entonces se ponía á bailar á su vez, luego levantaba á otro que le sucedia, y luego á otro hasta que todos se hallaron en pié. Esta escena singular duró mas de tres cuartos de hora, acompañada de gritos penetrantes.

Si los indios son apasionados por el baile, no lo son menos por la caza donde se hallan expuestos á peligros no menos grandes que en la guerra, y la disponen como dispondrian una batalla. Su caza privilegiada es la del búfalo, que abunda mucho en el país; hacen muchísimo caso de este animal que les procura un alimento succulento, tanto, que desdeñan el antilope y el gamo, que no matan jamás, sino cuando necesitan las pieles para vestir.

Estas cacerías de búfalos se hacen con caballos que están enseñados para eso, y que conducen al jinete en vez de conducirles á ellos el jinete. En este ejercicio desplagan tanto ardor como sus amos; saben acercarse al animal hasta tres ó cuatro pasos, corriéndole siempre por el flanco izquierdo, de modo que el jinete pueda herir en el corazón seguramente. A esto añadiremos que los indios se sirven de sus armas con una destreza extraordinaria. Ejercitados desde la infancia á manejarlas, sacan de ellas un partido poderoso. Sus arcos son muy pequeños; casi todos son de Fresno, y algunos de ellos de cuernos y de hueso; estos últimos son los mas estimados, y cuestan el precio de uno ó dos caballos. Sus aljabas que llevan á la espalda son regularmente de piel de pantera, y van llenas de flechas de dos especies. La una, destinada á los enemigos, va armada de largos rejonés envenenados cuyas puntas salen fuera, de modo que la hoja se queda en la herida cuando se quiere arrancar la flecha á que va esa hoja adherida ligeramente; la otra es para la caza, y en esta la hoja va bien adherida á los rejonés caídos á fin de que la puedan sacar de la herida y que sirva de nuevo.

Un indio montado en un caballo bien enseñado con su arco en la mano y á la espalda su aljaba provista de un centenar de flechas de las que puede disparar diez ó doce en un minuto con una precision infalible, es seguramente el enemigo mas temible que puede encontrarse un hombre ó un animal en su camino. Además, todos los indios llevan para su seguridad personal un escudo ó para flechas de piel de búfalo, endurecido con la cola procedente del casco del mismo animal. Estos escudos se hallan al abrigo de las flechas que se resbalan por ellos teniéndolos un poco inclinados; los indios los manejan con una habilidad extraordinaria.

(Se continuará.)

La corona de fuego.

El Miño es uno de los rios mas principales de España sin salir de los límites de Galicia. Desciende de las faldas occidentales de los últimos ramales de los Pirineos en una laguna llamada Fonte-Niña, perteneciente á la provincia de Lugo, y despues de reasumir ininidad de rios y riachuelos corriendo unas sesenta leguas, se une en la villa de la Guardia al océano Atlántico.

Pero en las insinuosidades de estas sesenta leguas, ¡cuántos paisajes pintorescos deja á derecha é izquierda, cuántos castros, cuántos castillos arruinados! — Si algunos de nuestros escritores recogieran aquellas páginas de escombros diseminadas por los valles y las montañas que atraviesa, si se dedicaran á explotar aquella mina de hechos horrendos, monstruosos, infernales, vírgen aun, donde el puñal y el incendio han figurado tanto, ¡qué abundante repertorio de asuntos espantosos no encontrarían para sus dramas! ¡qué galería tan completa de héroes y de mártires, de caballeros fuertes é infames, y de caballeros débiles y honrados, de verdugos y de víctimas no arrancaría á las ruinas, desde la dominacion de los suecos hasta la dominacion de los Borbones!...

Y sobre todo, en la edad media, ¡en aquella edad de tanto reyezuelo, de tanto déspota, de tanto asesino!... ¡entre aquellos hombres abrasados por los vinos del país, que no vivian mas que para las orgías y el vicio, que alimentaban las pasiones mas violentas é iracundas, y que como los mas detestables piratas ó bandidos no sentian emociones mas deliciosas que las emociones del licor y de la sangre, las emociones del puñal y el fuego!...

Todos los episodios mas sangrientos y horrorosos que deseaban hallar nuestros poetas desde la aparicion de *Ivanhoé*, todo lo hallarian en aquel museo de ruinas... allí, en aquellos pueblos y comarcas donde se asesinaba públicamente, en medio del día, en medio de la calle y en la misma procesion del Corpus... allí, donde las venganzas mas horrosas han dejado hondamente impresas las huellas de sus triunfos... allí, donde arrastraban y despeñaban condes, marqueses y otras gerarquias militares... donde los sacerdotes se ataron á los caballos de los vencedores, y como en otras partes los altares sirvieron de pesebres á sus corceles medio quemados y enrojecidos por las llamas y la sangre de los moribundos... donde en el siglo XV estalló una revolucion popular compuesta de gente vil y endemoniada, de asesinos y ladrones que bajo el título de *libertad* saquearon los pueblos y arrasaron los castillos oponiéndose á todo dominio... aquella conmoción en que nada se hizo á medias, la lanza en pos del puñal... en pos de la sangre, el fuego... aquella conmoción fatal en que los nobles tuvieron que defender sus fortalezas palmo á palmo, escalera por escalera, con las llamas por la espalda y las dagas por el pecho, concluyéndose por incendiarse todo, cadáveres y casas... ¡Oh! ¡las márgenes del Miño han consumado admirablemente las devastaciones!

No hay castillo feudal desmoronado que no esconda una leyenda horrible entre sus hacinados escombros, que no revele escenas espantosas de muerte y de pillaje, de insultos y de profanaciones. Mas entre todas esas leyendas lastimosas que las pasadas generaciones nos legaron, ninguna tan conocida en Galicia, tan interesante ni original como la que nos va á ocupar; y sin embargo, ninguna tan confusa, ninguna tan adulterada. Unos la hacen hija legitima de Villalva, y otros de Monforte de Lemos... unos la refieren de un modo y los demás de otro, y aunque todos disienten en las causas, todos convienen en el efecto... todos concluyen con la corona de hierro, con la corona de fuego...

Pero he aquí la tradicion... es una historia terrible que nuestros montañeses mas impasibles desearan tener por fabulosa si no la vieran confirmada por los eruditos y por las crónicas antiguas de aquel territorio.

No muy distante de la confluencia del Sil y el Miño en Entrambasestas, se reune al primero junto á la barca de Santiesteban el cristalino Cabe que nace en las sierras de Onicio, y pasando por Fornelos, Ferreirrua y el puente de Ramoio, corre por el centro de Monforte de Lemos, dividiéndola en dos mitades enteramente iguales.

Esta villa, pues, que se halla al N. O. de la ciudad de Orense y á una distancia de diez leguas sobre poco mas ó menos, es de las mas agradables y vistosas de Galicia. Situada al pié de una elevadísima montaña por cuyas pendientes tantos riachuelos bajan serpenteando al rio que la atraviesa, se dibuja tan pintoresca con sus cuatro conventos, con su famoso seminario de magnífica fachada, y otros edificios mas que descuellan entre las bellísimas casas de sus rectilíneas calles, ofreciendo un aspecto admirable y elegante para el viajero que gusta de esas perspectivas risueñas esculpidas sobre un campo lleno de verdor y animacion, y bajo un cielo azul y transparente como el delicioso cielo de nuestras montañas septentrionales.

En la cima del monte cónico y aislado á cuyas plantas se levanta esta villa de unos novecientos á mil vecinos, hay en el día un monton informe y colosal de vetustos escombros, entre los que alguno que otro torreón mutilado se descubre como para dar una idea de lo que fueron en otros tiempos. Estas mismas ruinas son las de la casa solariega de los condes de Lemos, descendientes de reyes y reputados como los señores mas poderosos del país; pues su señorío constaba de veinte castillos, segun las tradiciones antiguas, y el P. Gán-

dara segura en su voluminoso novilario. Inmediato á este castillo, tan inmediato que del uno al otro edificio se va por una galería arqueada sostenida por diez ó doce pilastras de piedra sillera, se levanta el castillo de un hombre poderoso, de D. Fernando de Osorio, que por rareza en aquellos tiempos de guerras intestinas entre los nobles, estaba en paz con su vecino.

Y esto pasaba en el alto de la montaña: en la base estaban las casas del pueblo como una legión desordenada de vasallos acampados que intentaba en vano trepar por las pendientes que los separaba de los nobles. Todo parecía estudiado, hecho al intento... los señores arriba, los siervos á sus plantas.

Pero sin embargo de la celebrada union de aquellos nobles, tan bien representada en el panorama que ofrecía la montaña fuerte ó Monforte, muy luego el odio sustituyó á la amistad... un odio iracundo, implacable, mortal... ¡Oh, si, mortal!

Veréis porqué.

II.

El conde de Lemos en 1309, D. Alonso de Castro era un conde pacífico, afable y *boo de rogar é mao de forzar*, como D. F. Fernandez de Temez, progenitor de los Córdovas, y como este mismo caballero *pequeño de corpo é grande de esforço*. Al contrario de su difunto padre, que por el más insignificante objeto tanta sangre derramara en sus Estados y fuera de ellos, y quien por sus crueldades mereció el sobre nombre de *O Doente* D. Alonso tan solo se consagrara al cuidado de su esposa Elvira, y nadie le veía sino á su lado, porque además de idolatrarla con extremado afán, como la hermosa dama padecía una de esas terribles consumciones pulmoniacas que matan lentamente, trataba de desterrar su melancolía y mitigar los dolores que la martirizaban con sus afectuosas palabras.

Segun la tradicion que seguimos, Elvira era muy bella, y á pesar de la incombustible enfermedad que la desmejoraba de día en día, había despertado en el pecho de D. Fernando de Osorio una de esas pasiones superiores á nuestra razon y á nuestras fuerzas, que duran mientras dura el alma, y que solo deposita el hombre en el sepulcro.

El noble luchaba interiormente con su amor adúltero... con aquella afeccion que le atormentaba por tantos medios... pero por mas que trataba de remontar su pensamiento para fijarlo en su deber su pensamiento descendía para fijarlo en Elvira... ¡solo en Elvira!

Padecía mucho, muchísimo...

— Bien... bien, se dijo un día que reflexionaba acerca de aquel amor tenaz en el fondo de su castillo, amemos en silencio y el mundo ignorará el objeto de mi adoracion eterna, porque este amor conozco que es eterno... amaré en silencio, como se ama á un ángel... nada mas... nada mas...

Y desde entonces la reflexion ya no fué un dique que contuviese el desarrollo de aquella pasion desventurada... amó con mas libertad. Amó, como ama el hombre á la mujer, con amoroso deleite... con fuego y ceguedad.

Pero en esto D. Fernando de Osorio llegó á saber que Elvira amaba en secreto á Enrique de Foulebar, paje del opulento conde; ¡oh! ¡lo que sufrió entonces D. Fernando fué indecible... unos celos profundos le hicieron concebir una idea infernal... la muerte de aquel paje.

Y en efecto lo consiguió.

Porque, pocas semanas despues, Enrique de Foulebar apareció lleno de puñaladas y medio enterrado en el fango del undoso río, sin que pudiera descubrirse su asesino por mas medidas que tomó el de Lemos.

El asesinato del amoroso paje acrecentó los padecimientos de la hermosa de Monforte. Á estuvo á las puertas del sepulcro. Despues se fué recobrando poco á poco, y por fin la muerte abandonó su presa.

Por este tiempo fué cuando D. Fernando IV el Emplazado, llamó á sus nobles contra los moros, y el conde de Lemos reunió sus hombres de armas y partió á Sevilla á reunirsele. Pasados tres meses, en los que asistió al sitio de Gibraltar donde tuvo el sentimiento de ver morir en sus brazos al célebre Guzman el Bueno, regresó á sus dominios y encontró un sepulcro mas en el panteon de su familia... ¡había muerto su esposa!

Lloró mucho el poderoso conde, y gracias al astuto amigo fué minorándose lentamente su pesar, aunque desde luego no tuvo otro altar que la tumba de su Elvira.

Y así pasaron algunos años, hasta que un día fué llamado por uno de sus criados que se hallaba en los últimos momentos de su vida.

— Señor, le dijo el moribundo, ¡perdonadme!

— ¡De qué!... repuso el conde.

— ¡Oh! ¡perdonadme por Dios!... me sedujo con oro, señor, con oro... y he hecho todo cuanto me ha mandado.

— ¿Quién? volvió á preguntar el conde.

— ¡Oh!... mandad que se retiren todos, dijo...

D. Alonso mandó que saliesen los que se hallaban en la habitacion de su criado, y quedó solo con él.

— Oídme y perdonadme, señor, exclamó el moribundo haciendo un esfuerzo para arrodillarse en la cama en que yacía, pero en vano; no pudo conseguirlo por su debilidad extrema.

— ¡Hablad!... gritó el conde imperiosamente, porque empezaba á ver que se trataba de algo mas que de un robo doméstico por las vehementes súplicas del espirante vasallo.

— ¡Oh, señor!... unos cuantos meses ántes de vuestra salida de Monforte, un hombre me dió un puñal y un bolsillo lleno de oro... Mata á Enrique de Foulebar, me dijo... El oro me tentó... y Enrique de Foulebar fué muerto...

— ¡Tú!... ¡tú, miserable! ¡tú lo mataste!...

— ¡Oh! esperad... que aun me falta mucho...

— ¡Mas aun!

— Unos dias despues de vuestra partida para la guerra, aquel mismo hombre volvió á avistarse conmigo. Esta vez no me alargó mas que un bolsillo...

— ¡Adelante!...

— Es necesario, me dijo, que nada se oponga á mi entrada en la cámara de doña Elvira mañana á la media noche...

— ¡Oh! gritó el conde espantado; y todos los cabellos se le encrespaban sobre la frente.

— Y aquella misma noche, señor, aquel hombre entró sin que lo supiera una alma...

— ¡Adelante, rayo de Dios!

— Entró...

— ¡Vamos!...

— ¡Oh, perdon!

— ¡Vivo!... ¡vivo!...

— Entró... se acercó al lecho de doña Elvira y...

— ¡Basta!... ¡basta, rayo de Dios! gritó el conde tapándose el rostro con las manos y cayendo sobre una silla aterrado y confundido de lo que oía...

— En seguida, continuó el criado, la dió una bebida que la dejó en un estado de estupor cruel... sin poder hablar...

El conde no se movió de la silla...

— A los tres dias murió doña Elvira... víctima de aquel hombre... víctima de aquella bebida...

Levantóse entonces el conde... clavó sus ojos llenos de lágrimas en el moribundo, y gritó con rabioso acento:

— ¿Su nombre?...

— ¡Oh, señor!...

— ¿Su nombre, pronto, Ruiz Diaz?... el nombre de ese infame ó te ahogo ahora mismo.

Y le echó los brazos á la garganta en medio de su desesperacion imponente.

— ¡Al instante, rayo de Dios! ¡ese nombre al instante! ¡al instante!...

— D. Fernando de Osorio... balbuceó el moribundo

— ¡D. Fernando de Osorio! exclamó el conde de Lemos retrocediendo horrorizado...

III.

Desde aquel momento el poderoso señor no pensó mas que en vengarse. Esperó unas cuantas semanas que faltaban para sus dias, y cuando llegaron trató de dar un espléndido banquete á todos los nobles del país.

El salon principal del castillo se llenó de gente. Marqueses, caballeros y donceles; monjes, frailes y curas; trovadores y juglares; damas y dueñas, nada faltó en el antiguo castillo de los condes de Lemos, y todos rodearon las abundantes mesas por riguroso orden, y segun la etiqueta de aquellos tiempos. Cuando empezaron los brindis y sonaron las liras de los cantores, cuando empezaron a sentirse los alegres murmullos del festin que señalaban su apogeo y este parecia degenerar en orgía... entonces hizo el conde una señal ligera, apenas perceptible.

Dos grandes puertas secretas se abrieron repentinamente, y por ellas entraron en el salon hasta unos cuarenta arqueros del castillo armados como para una batalla. Pero la presencia de estos arqueros no inspiró tanto temor á los circunstantes como la vista de una gran bandeja que traian cuatro pajes, y en la que se veía una corona de hierro ardiendo...

Este aparato horrible, misterioso, impuso. Cesaron los brindis, las cantinelas amorosas y las relaciones guerreras, sucediendo al rumor animado de la orgía el pavor silencioso de las tumbas.

En medio de este silencio solemne se oyó una voz fuerte, bronca por la rabia... la voz del conde.

— ¡D. Fernando!... dijo clavando en él sus ojos con ansiedad mortal, habeis mandado asesinar á Enrique de Foulebar.

Sobrecogióse D. Fernando de terror, y todos temblaron.

— Y aprovechándoos de mi ausencia de estos muros, prosiguió el conde mas exaltado cada vez por el furor y el encono que lo dominaba, habeis seducido á mi esposa... ¡á mi infeliz esposa!

Entonces los concurrentes hicieron mas que temblar... lanzaron un grito de horror que debió escucharse en Monforte.

Y por último ¡rayo de Dios! continuó el conde en su *crescendo* de rabia, para que nunca me lo revelara, ¡la habeis envenenado!...

— ¡Asesinado!...

— ¡Asesinada!

— ¡Seducida!

— ¡Envenenada!...

He aquí las exclamaciones que despidió la turba de convidados, retrocediendo espantados, y santiguándose como si D. Fernando fuera un diablo. Este todo lo oyó inmóvil, confundido... sin atreverse á hablar ni á moverse de su asiento... anonadado bajo el peso de aquellas terribles acusaciones...

— Pues bien, llegó la hora de la venganza, y el cielo que me lo ha revelado todo por boca de vuestro cómplice moribundo, el cielo os maldecirá como yo os maldigo...

¡D. Fernando!... ¡D. Fernando!... ¡hasta la eternidad!!

Así dijo el conde con voz grave en medio del silencio que reinaba, y á otra señal que hizo, la corona de hierro candente abrasó la cabeza de Don Fernando con asombro de los espectadores...

Aquel mismo dia D. Alonso de Castro arrodillado ante un fúnebre sepulcro, decia clavando en la losa de él sus ojos como queriendo sondear con ellos el cadáver que encerraba: ¡hija del alma, ya estás vengada!

BENITO VIGETTO Y PEREZ.

La Paloma.

De calor y tristeza fatigado
Pasaba yo la siesta
Sobre la verde margen reclinado
A la sombra modesta
Que dan las palmas que sustentan el prado.

Contemplaba los cielos,
Buscando allí la suspirada calma:
Mezclaba yo tu nombre á mis desvelos...
¡Tu nombre!... y con el alma
Iban la duda y los amargos celos.

Y ví que resbalando
Por la vecina loma,
Se vino á mí acercando
Blanquísima paloma
Al suave impulso de su vuelo blando.

Pero importuno el viento,
La palma sosegada
Meció con repentino movimiento;
Y huyó el ave asustada,
Y en vano la siguió mi pensamiento.

¿Acaso me traía
El bien que el alma espera?
Ay, dime, Laura mía,
Si fué tu mensajera?
Dime si en nombre de tu amor venía.

El palacio de la Exposicion Universal.

No vamos á entrar hoy en largos pormenores sobre esta inmensa construccion elevada en los Campos Eliseos, por la sencilla razon de que no estando concluida aun, nos seria imposible describirla con todo el desarrollo necesario y de un modo completo como lo haremos á su debido tiempo.

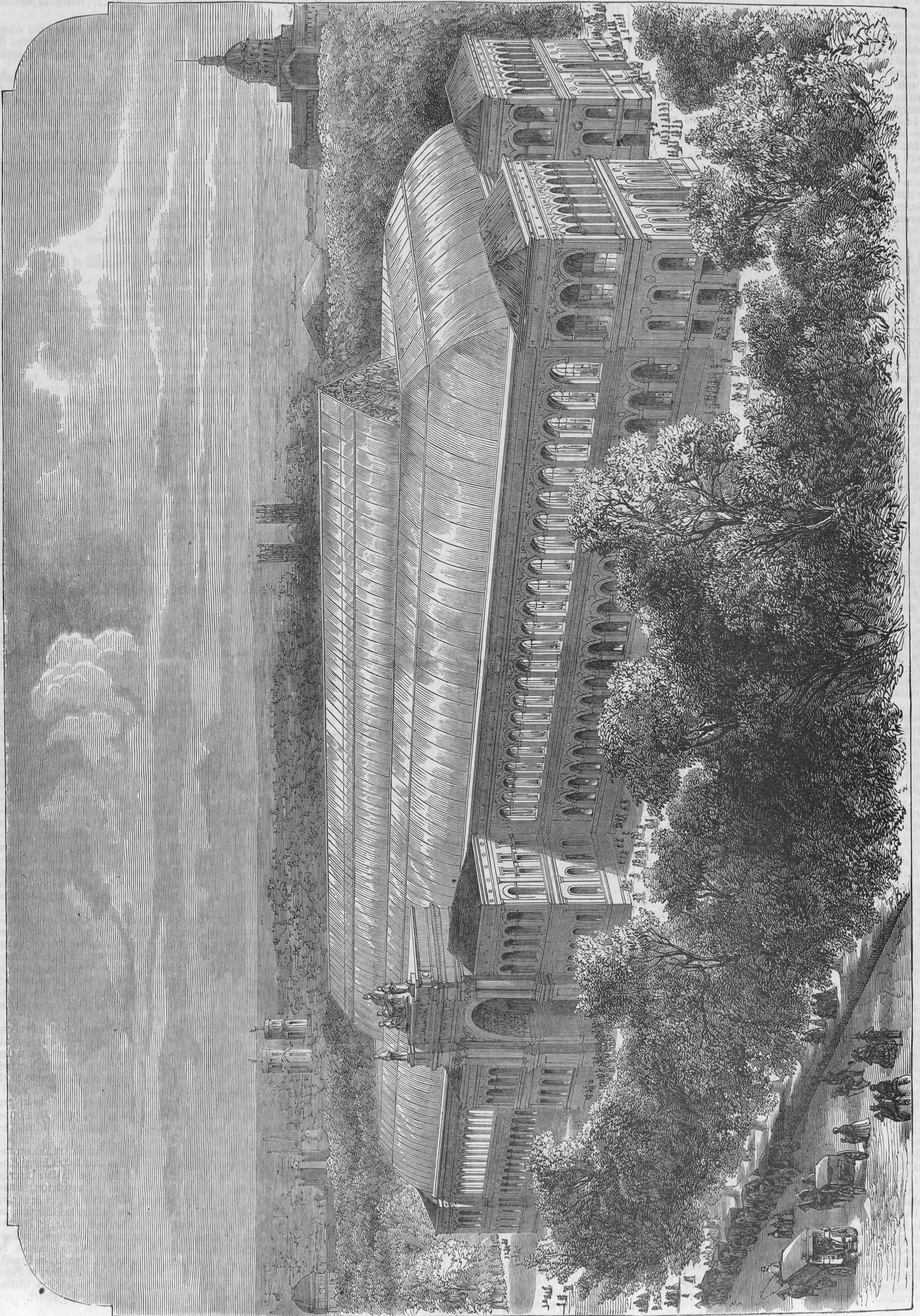
El palacio de Cristal de Lóndres suministró para este género de construcciones inmensas un tipo particular, un sistema nuevo de arquitectura de cristal y de hierro, admitido ya, con la reserva de hacer en él las modificaciones convenientes segun el uso á que se destinen los edificios y el gusto nacional ó individual de los artistas. En el palacio parisiense de la Industria se han querido utilizar las ventajas de aquel sistema, pero hasta cierto punto únicamente. Los ingleses, dominados por su espíritu práctico, se contentaron con levantar una tienda de cristal portátil, para un uso pasajero, y terminada la Exposicion, llevaron el edificio á Sydenham. En Paris se ha querido hacer un edificio estable, definitivo, y con este fin se ha ejecutado una construccion maziza de piedra de una grande importancia como monumento, y que servirá en adelante para la exposicion anual de cuadros, que se hallaba en Paris sin local fijo, lo mismo que para las exposiciones industriales.

Sin embargo, ántes de concluirse el inmenso cuadro-látero, donde podrian moverse á gusto 20,000 personas como decia el programa, ya ha sido preciso reconocer su insuficiencia, y se ha tenido que emprender la construccion de una dependencia, que va desde la plaza de la Concordia hasta la bomba de Chaillot á la orilla del río en un espacio de 32,000 metros cuadrados, construccion que será demolida dentro de diez meses, pues no forma parte del palacio.

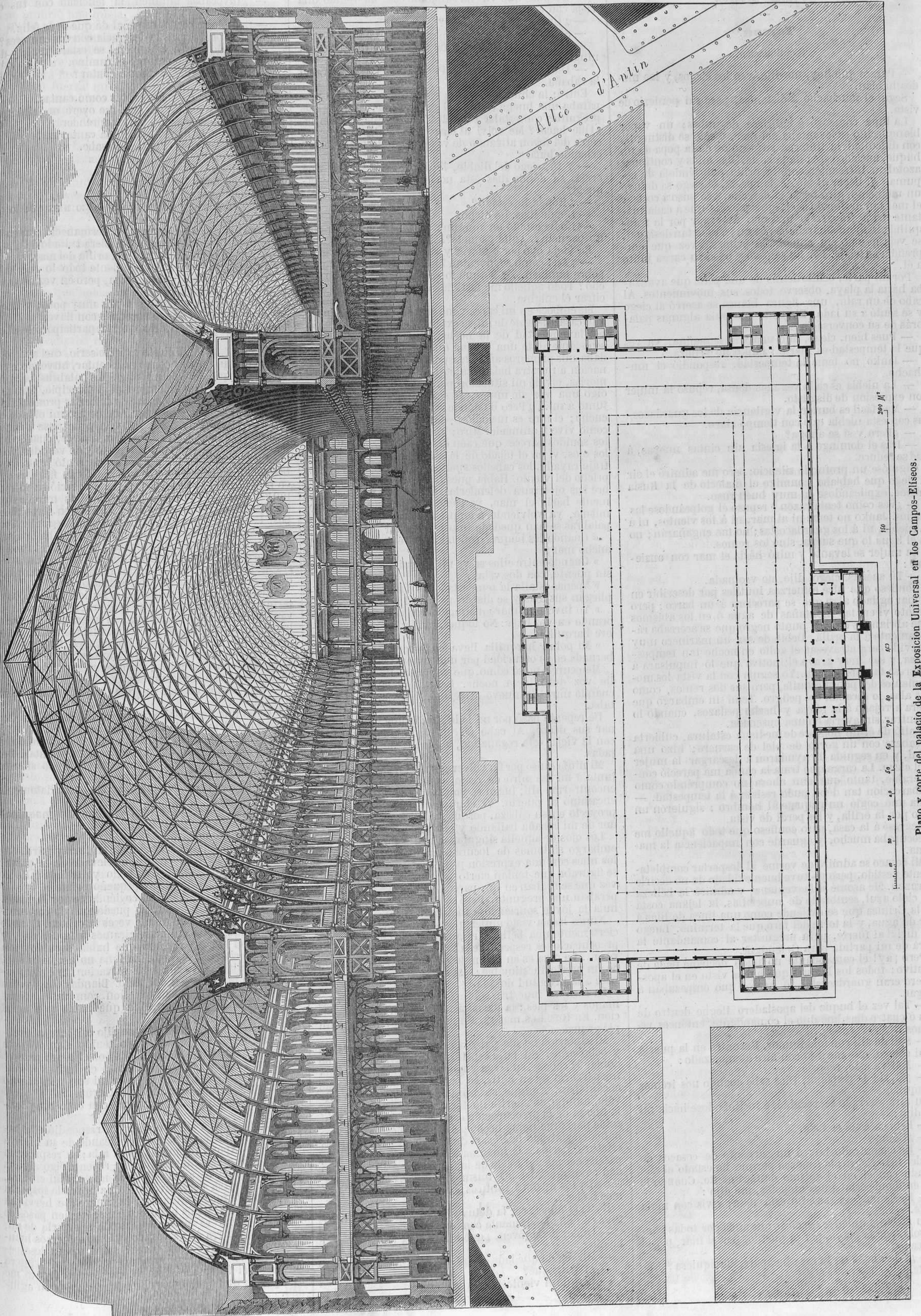
La Francia al perseverar en la ejecucion de esta obra para la Exposicion Universal, ha querido probar al mundo que el progreso de las luces no permite ya á un Estado, cualquiera que sea, el detener á los demás en el cumplimiento de sus destinos, y que *el cañon no es el último argumento de los reyes*.

El porvenir pertenece ya á la industria y á las artes; á la industria cuyas maravillas enriquecen á los pueblos, y á las artes cuyas obras maestras les inmortalizan.

Este grande pensamiento de la Francia ha sido comprendido y acogido con entusiasmo por todas las naciones, y á la hora presente 36 Estados se hallan inscritos en la lista de concurrentes á la Exposicion, á saber: la Francia, la Inglaterra, el Zollverein, el Austria, la Bélgica, los Estados Unidos, la Suiza, la Holanda, la Turquía, la Dinamarca, el Egipto, la España, el Portugal, Roma, la Cerdeña, la Suecia y la Noruega, la Toscana, Túnez, los Estados del Norte de la Alemania, la China, las Dos Sicilias, la Grecia, la Persia, el Brasil, Méjico, Centro-América, Venezuela, el Ecuador, el Uruguay, el Paraguay, la Confederacion Argentina, Chile, el Perú, Bolivia, la República Dominicana y Haití.



Elevacion y aspecto á vista de pájaro del palacio de la Exposicion Universal en los Campos-Eliseos.



Plano y corte del palacio de la Exposición Universal en los Campos-Eliseos.

NOVELAS RUSAS.

Taman.

(Continuacion.)

— Parece que hoy, me dije, ven los ciegos, y los mudos hablan.

Seguí el muchacho á distancia, pero sin perderlo de vista.

La luna comenzó á cubrirse de nubes; un vapor blanquecino se levantaba del mar, y solo se distinguía con dificultad la linterna suspendida en la popa de un buque, anclado cerca de la costa. Olas altas y continuas azotaban incesantemente la orilla cubriéndola de espuma. Al llegar al pié de la cuesta, el ciego se detuvo un momento, giró hácia la derecha, y se puso á costear el mar tan arrimado á él, que parecía que á cada instante iba á tragárselo una ola. A juzgar por la tranquilidad con que marchaba por un terreno tan desigual, se veía que no era aquella la primera vez que emprendía su viaje. Por fin se paró y puso su carga junto á él.

Por mi parte, oculto detrás de una peña que avanzaba hácia la playa, observé todos sus movimientos. Al cabo de un rato, una figura blanca se acercó al ciego y se sentó á su lado. El viento me traía algunas palabras de su conversacion.

— Pues bien, ciego, dijo una voz femenina, ya ves que la tempestad es fuerte: Janko no vendrá.

— Janko no teme la tempestad, respondió el muchacho.

— La niebla es cada vez mas densa, repuso la mujer con expresion de disgusto.

— Mas fácil es burlar la vigilancia de los guardacostas con esta niebla que con tiempo claro.

— ¿Pero y si se ahoga?

— Irás el domingo á la iglesia sin cintas nuevas, á eso se reduce.

Siguióse un profundo silencio; pero me admiró el oír al ciego que hablaba conmigo el dialecto de la Rusia menor, explicándose en muy buen ruso.

— ¿Ves como tenia razon? repuso él golpeándose las manos. Janko no teme ni al mar, ni á los vientos, ni á la niebla, ni á los guardacostas; no me engañarán; no es el agua lo que suena, sino los remos.

La mujer se levantó y miró hácia el mar con ansiedad:

— Tú sueñas, ciego, dijo, no veo nada.

Confieso que hice esfuerzos inútiles por describir en el mar agitado algo que se pareciera á un barco; pero pronto vi en las montañas de agua ó en los abismos que abrían las olas un punto negro que se acercaba rápidamente á la orilla. Debía de ser un marinero muy atrevido para atravesar el golfo en noche tan tempestuosa, y ser muy grave el motivo que lo impulsara á empresa tan arriesgada. Yo seguía con la vista los movimientos del pobre esquife, pero sus dos remos, como dos alas, lo sacaban del peligro. Temí sin embargo que fuera arrojado á la playa y hecho pedazos, cuando lo vi entrar sin avería en una ensenada.

Salió de él un hombre de mediana estatura, cubierta la cabeza con un gorro de piel de carnero; hizo una señal, y en seguida lo ayudaron á descargar la mujer y el ciego. La carga que traía la canoa me pareció considerable, tanto que aun ahora no comprendo como embarcacion tan débil pudo resistir á la tempestad. — Cada uno cogió un paquete al hombro: siguieron un poco por la orilla, y los perdí de vista.

Regresé á la casa, pero confieso que todo aquello me preocupaba mucho, y aguardé con impaciencia la mañana.

Mi cosaco se admiró de verme al despertar completamente vestido, pero yo tuve buen cuidado de no decirle la razon. Me asomé á la ventana, y admiré la belleza del cielo azul, sembrado de nubecillas, la lejana costa de la Crimea que se extiende como una línea de lilas á flor de agua, y la torre del faro que la termina. Luego me dirigí al fuerte, para preguntar al comandante la hora de mi partida para Gelendjik.

Pero ¡ay! el comandante no pudo decirme nada de positivo; todos los buques que habia visto en el apostadero eran guardacostas, ó barcos que empezaban á cargar.

— Tal vez el buque del apostadero llegue dentro de tres ó cuatro dias, me dijo el comandante, entónces veremos...

— Salí de allí con mal humor. Encontré en la puerta á mi cosaco, que me dijo con aire atemorizado:

— Mal va esto, señorita.

— ¡Sí, sí! le respondí, Dios sabe cuando nos iremos de aquí.

Su aire aterrado se redobló, é inclinándose hácia mí me dijo:

— Esta casa no es neta.

— ¿Cómo?

— He encontrado hoy á un sargento de cosacos de los del mar Negro; lo conozco porque he estado el año pasado con él en el mismo destacamento. Cuando le dije en donde estamos alojados, me dijo:

— Hermano, esa casa no está neta; vivís con mala gente.

En efecto, ¿quién es ese ciego que anda por todas partes solo, por la playa, por el pueblo, por el mar, por el mercado? ..

— ¿Y la dueña de la casa ha aparecido siquiera? pregunté.

— Despues que Vd. ha salido de casa ha venido una vieja con su hija.

— ¿Una vieja con su hija?

— Sí, señor.

— ¿Qué hija es esa? El ama de la casa no tiene hija ninguna.

— Dios sabe lo que es... Pero la vieja está ahora en la cabaña.

Entré; la chimenea estaba encendida y la vieja preparaba una buena comida al parecer; pero á todas mis preguntas contestaba con obstinacion que era sorda. ¿Qué hacer? Me volví al ciego que estaba acurrucado cerca del fogon atizando de vez en cuando la lumbre y echando leña.

— Y tú, ciego del diablo, le dije, cogiéndolo de una oreja, ¿á dónde ibas esta noche con aquel gran paquete?

— ¿Dónde he estado?

— Dónde ibas, he dicho.

— No he estado en ninguna parte, en ninguna con un paquete... ¿qué paquete?...

La vieja oyó por esta vez y comenzó á murmurar:

— ¡Ah! cómo se inventan las cosas... y acerca de un pobre tambien... ¿Porqué lo castigais? ¿Qué os ha hecho? Todo aquello me fastidiaba, y salí resuelto á descifrar el enigma.

Me embocé en mi capa, y me senté en una peña junto á la casa; delante de mí se extendía el mar aun agitado por la tempestad de la noche, y su ruido monotonó, semejante al de una ciudad que se duerme, me recordaba mis primeros años, trasportándome con la imaginacion á nuestra helada capital. Mecido por estas memorias, olvidé mi situacion por mucho rato. De repente oigo una voz de mujer, fresca, sonora, que cantaba junto á mí... ¿Pero de dónde salía aquella voz?... Escuchó; el aire es melodioso, tan pronto triste y lento, como vivo y animado. Miro; nadie al rededor de mí; los sonidos parece que caen del cielo. Pero al levantar los ojos, vi en el tejado de la cabaña á una jóven, con traje rayado, los cabellos sueltos y abandonados al capricho del viento. Habia puesto una de sus manos sobre sus ojos para defenderlos del sol, y miraba fijamente hácia el mar, ya riéndose y hablando consigo misma, ya volviendo á emprender su cancion, cuyas palabras se han quedado impresas en mi memoria.

« Cuando los buques con blancas velas bogan por el ancho mar;

» Cuando entre ellos se ve mi barquilla, mi barquilla sin puente, con dos velas,

» Apénas estalla la tempestad, los buques viejos despliegan sus alas y se dispersan por el mar:

» Yo invoco al mar en aquellos momentos, y le digo orando en voz baja: No toques, maligno mar, á mi pobre barquilla.

» Mi pobre barquilla lleva cosas preciosas y es gobernada en la oscuridad por una mano temeraria. »

Me ocurrió no sé cómo, que yo habia oído ántes aquella voz durante la noche. Reflexioné en ello, pero cuando miré de nuevo al tejado, la jóven ya no estaba.

De repente pasó por mi lado cantando y haciendo sonar sus dedos. Al cabo de un instante la oí disputar con la vieja, esta regañando, la otra riéndose á carcajadas.

Mi ninfa quiso por fin volver á su sitio, pero al cruzar junto á mí me miró de reojo, como si se admirara de encontrarme allí; luego se volvió con negligencia y se encaminó al puerto. Ví claramente que tenia algun proyecto en su cabeza, porque giró todo el dia al rededor de mi cabaña bailando y cantando.

Los ojos de aquella singular criatura no ofrecían sin embargo sintomas de locura; cuando los clavaba en los míos con una expresion penetrante y maliciosa, me se figuraba que tenían cierto poder magnético, y cada vez que se fijaban en mí, parecia que provocaban y esperaban una pregunta. Pero apénas queria yo hablar, huía la jóven sonriéndose malignamente.

Nunca habia visto mujer que se le asemejara. No era ciertamente una belleza regular, pero yo tengo mis preocupaciones respecto de la belleza: tenia cierto tipo; raza... La raza es en las mujeres como en los caballos de un precio inestimable; este descubrimiento pertenece á la juventud dorada.

La raza se muestra sobre todo en el andar, en las manos y los piés; la nariz tiene tambien su significacion. En Rusia es mas rara una hermosa nariz que un pié pequeño.

Mi cantarina no me parecia de mas edad que de diez y ocho años. Su talle esbelto, su manera original de doblar la cabeza, su larga y blonda cabellera, la dorada transparencia de su cutis, su bella y regular nariz, me encantaban. Aunque su mirada fuera recelosa y salvaje, aunque su sonrisa no fuese abierta y espontánea, la fuerza de la preocupacion era tal, que aquella admirable nariz me habia hecho perder la cabeza. Creia que habia encontrado la *Mignon* de Goethe, esa maravillosa criatura, parto de la imaginacion alemana. Con efecto, pasaba del mismo modo de la inquietud á la inmovilidad: pronunciaba los mismos discursos enigmáticos, cantaba los mismos cánticos extraños, bailaba los mismos bailes...

Hácia el anochecer la detuve delante de la puerta, y tuve con ella la siguiente conversacion:

— Dime, bella jóven, ¿qué hacías esta mañana en el tejado?

— Miraba de qué lado soplaban el viento.

— ¿Y para qué?

— Porque el viento trae la ventura.

— ¿Invocabas tambien la felicidad con tus canciones?

— Cuando se canta, es señal de que se es feliz.

— ¿Y si provocaras la desgracia con tus cantares?

— Cuando no se esté bien, se estará mal; y de lo bueno á lo malo no es largo el camino.

— ¿Quién te ha enseñado á cantar?

— Nadie.

— No sabrias entónces cantar como cantas.

— Pienso y canto; el que me oyere me oirá; pero quien no deba oírme no me comprenderá.

— ¿Y cómo te llamas, hermosa cantarina?

— El que me ha bautizado lo sabe.

— ¿Y tú no?

— No.

— ¿Y quién te ha bautizado?

— Qué sé yo.

— Tú eres muy mala; yo sé algo mas que lo que crees respecto de tí.

No se alteró su fisonomia, y permaneció con rostro tan impassible, como si no se hubiera tratado de ella.

— Yo sé que fuiste anoche á la orilla del mar. Y me puse á referirle seriamente todo lo que habia visto, juzgando que se turbaria, pero en vez de eso se echó á reír á carcajada tendida.

— Mucho habeis visto y sabeis muy poco; y lo que sabeis os aconsejo que lo encerreis con llave.

— ¿Y si por el contrario queria participárselo al comandante?

Al decir esto tomé cierto aspecto serio, casi severo.

Ella dió un salto, y comenzó á cantar, huyendo como un pájaro que sale de un pino. Mis palabras eran inintencionales; yo no lo comprendí al principio, pero mas tarde tuve que arrepentirme de haberlas pronunciado.

Por la noche hice calentar á mi cosaco mi olla de cobre de campaña, encendí mi vela y me puse á fumar una pipa. Concluía mi segundo vaso de té, cuando oí á mi espalda un ligero ruido de pasos y de vestidos. Volví la cabeza y vi á mi bella náyade. Se sentó junto á mí, tranquilamente y sin decir una palabra, fijó sus ojos en mi persona, y no sé porqué, me pareció su mirada muy tierna. Me recordaba aquellas otras miradas que decidieron de mi suerte tan fácilmente en otros tiempos. Estaba como quien aguarda una pregunta. Pero yo me turbé y callé. Su rostro pálido revelaba la agitacion de su alma; su mano erraba al acaso por la mesa, y observé en ella un ligero estremecimiento; unas veces se levantaba su pecho violentamente conmovido; otras parecia que contenia la respiracion.

Aquella comedia empezaba á fastidiarme, é iba á terminarla de la manera mas prosaica, ofreciéndola un vaso de té, cuando se levantó de su asiento, me echó los brazos al cuello y grabó en mis labios un beso húmedo, un beso de fuego. Yo no veía ya, la cabeza me se mareó, la apreté contra mi corazón con la energia de las pasiones juveniles; pero semejante á una serpiente, se soltó de mis brazos y me dijo en voz baja:

— Esta noche, cuando duerma todo el mundo, ven á la playa.

Y como una flecha salió del cuarto, derribó la tetera y apagó al atravesar la luz de la antecámara.

— ¡Qué diablo de chica! decía mi cosaco tendido en la paja, y esperando apurar el té para calentar. Dos horas despues, cuando reinó el mas profundo silencio en el puerto, desperté al cosaco y le dije:

— Si disparo un pistoletazo, acude inmediatamente á la playa.

Abrí cuanto pudo los ojos y respondí maquinalmente:

— Muy bien, señor.

Cogí una pistola, la colgué de la cintura y partí.

Ella me aguardaba en lo mas elevado de la playa: su traje era muy ligero, y su bello y delicado talle no iba cubierto mas que por un pequeño pañuelo.

— Seguidme, me dijo ella, cogiéndome por la mano.

Bajamos. A estas horas, no puedo todavia comprender cómo no me rompí veinte veces la cabeza. Cuando llegamos á la orilla del mar, giramos á la derecha, y tomamos el mismo camino que habia seguido yo la noche anterior con el ciego. La luna no asomaba aun, y dos estrellas, como faros de salvacion, brillaban solas en toda la extension del cielo. Blandas olas venian á morir en la playa con sucesion constante; apénas levantaban la única barquilla que habia por aquel lado.

— Entremos en esa barca, me dijo mi compañera.

Confieso que vacilé, habiendo tenido siempre poca aficion á los paseos sentimentales por el mar; pero yo no era tiempo de retroceder. Salté en la barca, salté yo tambien, y no habia vuelto de mi sorpresa cuando vi que ya estabamos en medio del agua.

— ¿Qué significa esto? pregunté con tono muy irritado.

— Esto significa que yo te amo, respondió ella haciéndome sentar en el banco y rodeando de su brazo á mi cuerpo. Apoyó su mejilla en la mia; su respiracion de fuego abrasaba mi rostro... De repente oigo alguna cosa que cae en el agua; llevo la mano á mi cintura, ¡la pistola habia desaparecido! Una horrible sospecha se apoderó de mi imaginacion, la sangre me hervía en las venas. Miro, y nos hallamos á mas de cien pasos de la costa, ¡y no sé nadar! Trato de apartarla de mí, pero ella se agarra á mis vestidos y hace esfuerzos inauditos para echarme de la barca; la lucha era desesperada; yo me habia repuesto un poco de mi primera sorpresa, el furor me daba fuerzas, pero pronto me apercibí de que mi adversario triunfaba por su agilidad.

— ¿Qué quieres hacer? exclamé apretando con rabia sus manecitas entre las mias; sus dedos rechinaban; pero no profirió una queja.

— Tú has visto, contestó, y denunciarás! y con un movimiento extraordinario me derribó al borde de la canoa, quedando ambos con el cuerpo fuera; ella estaba echada sobre mí, sus cabellos tocaban en el agua; el instante era favorable y decisivo.

Apoyé con fuerza mi pié en el fondo del batel, la cogí con una mano por los cabellos, y con la otra por la garganta, solté por un momento mis vestidos, y la precipité en el mar. Había bastante oscuridad; su cabeza apareció dos veces en la espuma; luego no vi nada.

En el fondo de la chalupa hallé un cabo de remo del que me serví, y llegué á la orilla despues de remar penosamente. Mientras ataba mi embarcacion, miré al acaso hácia el punto por donde el ciego venia á esperar al nocturno navegante; la luna brillaba entónces, y me pareció que una figura blanca estaba sentada á orillas del mar.

Deseando saber quien fuese, me deslicé por entre la yerba que crecía en lo mas elevado de la playa, y llegué á una peña que dominaba el punto en donde nos habíamos embarcado. Al levantar la cabeza me quedé á un tiempo atónito y contento al reconocer que la blanca figura que habia visto desde el puerto era la jóven que habia echado al agua. Ella exprimía la de sus largos cabellos; su camisa mojada dibujaba su delicado talle y hermoso pecho. Pronto apareció á lo lejos un barco que avanzaba rápidamente. Salió de él un hombre que llevaba en la cabeza un gorro tártaro, pero con él pelo cortado á lo cosaco; un cuchillo largo pendía de su cintura.

— ¡Janko! dijo ella.

— ¿Quién me llama?

— Yo. Todo está perdido, añadió.

— ¡Perdido!

— Sí, sin remedio.

Su conversacion continuó en voz baja, tanto que no pude oír nada.

— ¿Y dónde está el ciego? preguntó al cabo Janko levantando la voz.

— Lo he enviado á cierta parte.

Pocos minutos despues se presentó el muchacho con un sacó al hombro que pusieron en el batel.

— Escucha, ciego, dijo Janko, guarda bien el punto que sabes... Allí hay géneros preciosos... di á... (no oí el nombre) que no quiero servirlo mas; los negocios van mal, no me volverá á ver; el oficio es peligroso ahora, y me iré á buscar trabajo en otra parte; y en cuanto á él, no necesita mas que buscar quien me reemplace. Dile que si hubiera pagado mejor mis peligros y mis fatigas no lo hubiera dejado. Por mi parte tengo el camino abierto por todos lados; por donde sopla el viento y muja el mar. Despues de un momento de silencio, Janko continuó:

— Ella vendrá conmigo; no puede quedarse aquí. Dí á la vieja que es hora de que muera, que bastante ha vivido, y que es menester ser muy razonable.

— ¿Y yo? dijo el ciego con tono planidero.

— ¿Qué quieres que haga de tí?

Durante este diálogo, la jóven se lanzó al barco, hizo con la mano un signo á su compañero, que dió alguna cosa al ciego, diciéndole:

— Toma para que compres un bollo.

— ¿Esto solo? dijo el ciego.

Él le tiró una moneda que resonó en la piedra á donde fué á dar.

Janko se sentó en la barca, el viento soplabá de la costa. Pusieron una vela y se alejaron rápidamente. Seguí durante largo rato con la vista la blanca vela que huía por las sombrías olas; el ciego se habia sentado á la orilla, y lo oía gemir y sollozar. Todo aquello me afligia. ¿Porqué me ha llevado la suerte al camino de estos honrados contrabandistas? Yo he perturbado su tranquilidad como una piedra que cae en una superficie de agua tranquila; y por otra parte, me ha costado mucho no ir al mismo fondo que ella.

Volví á la cabaña. La candela lucía aun en un plato de madera; mi cosaco, olvidando mi órden, se habia dormido profundamente con la carabina entre los brazos. Lo dejé gozar del sueño, cogí la luz y entré en mi cuarto. ¡Ay! mi neceser, mi sable guarnecido de plata, mi puñal del Daghestan, presente de un amigo, todo habia desaparecido. Entonces adiviné lo que llevaba el maldito ciego. Habiendo despertado á mi cosa con un golpe bastante brutal, me incomodé y lo injurié; pero ya no habia remedio: ¿no hubiera sido ridículo quejarme al comandante de haber sido robado por un niño ciego, y casi ahogado por una jóven de diez y ocho años? Gracias á Dios pude abandonar á Taman por la mañana. ¿Qué fué de la vieja y del ciego? En verdad no sé... Y por otra parte, ¿qué me importan las miserias y las alegrías de la humanidad, á mí, oficial que viaja con un pasaporte en regla y por cuenta del Estado?

FIN DE TAMAN.

IV.

La princesa Mery.

11 de mayo.

Ayer llegué á Piatigorsk, y he tomado en alquiler una habitacion en lo mas elevado de la ciudad, al pié del mismo Machuk; en dias de borrasca, las nubes ha-

jan hasta mi tejado. Esta mañana, cuando he abierto mi ventana, mi cuarto se ha llenado del perfume de las flores cultivadas en un huerto que cerca la casa. Tengo una vista admirable que se extiende por tres lados. Al Occidente, las cinco cabezas del Betcha se dibujan sobre el azul del firmamento como la última nube que se disipa despues de la tempestad; al Norte se levanta el Machuk como un gorro peludo de Persia; al Oriente, á mis piés, se ostenta una pequeña ciudad limpia y nueva; allí bullen las fuentes saludables, á donde acuden los bañistas que hablan en toda clase de idiomas europeos y asiáticos; mas allá, las montañas se destacan siempre azules, cubiertas con la neblina hasta el horizonte que forma una cadena plateada de cimas nevadas, desde el Kasbek hasta las dos cabezas del Elborus...

¡Qué delicia es vivir en semejante país! No sé qué dulce sentimiento se derrama en todo mi sér. El airé es puro y fresco como el beso de un niño, el sol caliente, el cielo azul... ¿Qué otra cosa se necesita? ¿para qué las pasiones, los deseos, la compasion?... Pero ya es hora de que me encamine á la fuente de Isabel; allí se reúne por las mañanas toda la sociedad de los baños.

Al bajar al manantial, encontré en mi camino algunos grupos que subian lentamente la montaña; por lo comun eran familias de propietarios de estepas, á juzgar por los vestidos usados de los hombres y los trajes que con cierta pretension de elegancia llevaban las mamás y las hijas. Parece que toda la juventud que se lleva á las aguas estaba allí, porque me miraron con mucha curiosidad; mi levita de Petersburgo engañó por de pronto aquellas buenas gentes; mas cuando supieron que llevaba charreteras, se apartaron de mí con desden.

No me fueron mas favorables las mujeres de los altos dignatarios que habitaban todo el año aquel país. Llevan lentes y hacen poco caso del uniforme, por estar acostumbradas á encontrar en el Cáucaso un corazon ardiente bajo un boton numerado, una imaginacion viva bajo la gorrilla blanca. Ellas son encantadoras y lo serán mucho tiempo, porque sus adoradores son reemplazados anualmente por otros nuevos, lo cual puede muy bien ser el secreto de sus hechizos. En un estrecho sendero que conduce al manantial de Isabel, tropecé con algunas personas que forman una clase particular en medio de los que frecuentan las aguas. Estos beben de todo excepto agua; se pasean poco, obsequian á las damas, juegan fuertemente y se quejan de aburrimiento y fastidio. Por lo general son bastante tontos y toman posiciones académicas al sumergir su vaso en el manantial; los militares dejan ver un poco de camisa por debajo del corbatin, los otros llevan corbatas de azul celeste, desprecian soberanamente á los provincianos, y echan de ménos los círculos aristocráticos de la capital, en los que jamás han sido admitidos.

Por fin llegué á la fuente... Cerca de ella hay una casita que contiene los baños, mas allá una galería que sirve de paseo cuando llueve. Algunos oficiales perezosos y pálidos estaban sentados en un banco, con sus muletas al lado; muchas damas marchaban á pasos agitados por apresurar el efecto del agua; entre ellas observé á dos ó tres que tenían un rostro gracioso. En uno de los caminos que guarnecen las viñas del Machuk, vi brillar el sombrero de aquella que gusta de la soledad á duo. Con efecto he visto siempre al lado de este sombrero una gorrilla militar, ó cosa parecida.

En la roca escarpada en cuya cima está el pabellon llamado la Arpa de Eolo, estaban reunidos los aficionados á golpes de vista, dirigiendo sus anteojos al Elborus; entre ellos habia dos gobernadores y sus discípulos que habian ido á los baños para curarse los humores frios. Me paré ya fatigado en la pendiente de la montaña, y contemplaba aquel hermoso paisaje, cuando una voz que conocia mucho me gritó:

— Petchorin, ¿hace mucho tiempo qué está Vd. en los baños?

Volví la cabeza y vi á Gruchnitski.

Nos abrazamos, y me hizo conocer á todo el destacamento que estaba de guarnicion. El habia recibido un balazo en el pié, y hacia una semana que estaba en las aguas.

Gruchnitski está en el servicio un año hace; aun es cadete y lleva con particular cuidado un capote burdo de soldado, con una cruz de San Jorge. Es bien formado; su tez morena y los cabellos negros; representa muy bien veinticinco años, aunque no tiene mas que veinte. Lleva la cabeza erguida y bien rizado el pelo; retuerce con la izquierda su bigote á menudo, y lleva en la derecha su muletilla. Habla alto y de priesa; tiene frases elocuentes preparadas para todas las circunstancias de la vida; hacer efecto es su afan, imitando á muchas gentes que enamoran con su estilo á los pobres románticos de provincia. La pasion dominante de Gruchnitski es declamar: apénas la conversacion sale de lugares comunes, os abruma con palabrerias, que impiden toda discusion. No oye ni responde, sino que sigue ensartando frases y frases.

Es bastante agudo, sus epigramas son originales, pero aunque picantes no malignos; nunca matará á un hombre con una palabra; ocupado en sí mismo, no conoce el flanco vulnerable de ellos. Su afan es ser héroe de novela, y ha hecho tanto para persuadir á los demás, que no ha sido hecho para gozar de los placeres del mundo, y sí para sufrimientos secretos é indefinibles, que él mismo se lo ha creído. Por eso lleva con tanto orgullo el capote de soldado. Yo lo he comprendido, él conoce esto, y no me quiere, aunque aparentemente seamos los mejores amigos del mundo.

Gruchnitski tiene reputacion de valiente; lo he visto en medio del fuego; vibra su sable, grita y se lanza con los ojos cerrados. Eso no es valor. Si no me ama, yo se lo pago; estoy seguro de que nos veremos un dia cara á cara, y de un modo que será funesto para uno de los dos.

Su llegada al Cáucaso es consecuencia de su carácter novelesco. Estoy seguro que la vispera del dia en que partió de la casa de campo de su padre habrá dicho con aire sombrío á alguna preciosa vecina: «Yo no voy á servir, como creéis, voy en busca de la muerte, y esto... porque... (en este instante habrá llevado la mano á los ojos)... ¡No! Vd. (ó tú) no debe saberlo. Vuestra alma pura se estremecería... ¿Qué soy para Vd.? ¿Puede Vd. comprenderme?... Y por este estilo seguiría.

El me ha referido que el motivo que lo ha hecho entrar en el regimiento de K... sería eternamente un secreto entre él y el cielo. Por lo demás, es muy amable y bastante gracioso cuando abandona su tono trágico.

Mucha curiosidad tengo de verlo al lado del bello sexo. Entónces tratará, creo yo, de ocultar su carácter. Pronto anudamos nuestras relaciones. Yo le pregunté cómo vivia en las aguas y qué gentes conocidas tenia en ellas.

— La vida aquí es bastante prosaica, me dijo suspirando. Por la mañana bebemos agua y estamos débiles como enfermos; por la tarde bebemos vino y estamos insoportables, como gentes de excelente salud. Hay algunas mujeres, pero es corto consuelo; ellas juegan al whist, se visten mal y destrozan el francés. Este año no ha venido de Moscou mas que la princesa Sigovski y su hija, pero yo no las conozco; mi capote de soldado me estorba en todas partes y me condena á una suerte muy rigurosa.

En aquel momento pasaron por nuestro lado dos señoras; la una declinaba ya; la otra jóven y de buen aire. Sus sombreros me impidieron verles el rostro; pero estaban vestidas con todas las reglas del arte. La mas jóven llevaba un vestido alto gris-perla, un pañuelito de seda rodeaba su garganta, botitas de color de pulga apretaban tan delicadamente su piecicito, que todo hombre, por extraño que fuese á los misterios de la nobleza, hubiera suspirado de admiracion. Su paso noble y ligero tenia cierta pureza virginal que puede adivinar el ojo, pero no definir la lengua. Despues que pasó, se respiraba ese perfume inefable que exhala á veces el billete de una belleza.

— He ahí á la princesa Sigovski y á su hija Mery, como ella la llama á la inglesa, me dijo Gruchnitski. Tres dias hace que han llegado aquí.

— ¿Y ya sabes su nombre?

— Sin duda.

— ¿Cómo así?

— Lo he oido por casualidad, me dijo poniéndose encendido. No deseo sin embargo relaciones con esas señoras. Esa orgullosa nobleza mira á los soldados como á salvajes. ¿Qué les importa que haya talento bajo una gorra numerada, ó un gran corazon bajo un burdo capote de soldado?

— ¡Pobre capote! dije sonriendo.

— Sí, muy pobre, contestó seriamente.

— ¿Pero quién es ese caballero que se acerca á ellas y les presenta un vaso con tanta gracia?

— ¡Ah! el bello Raievitch de Moscou. Es un jugador; fácil es conocerlo por la cadena de oro que le cae por el chaleco azul. ¡Qué baston! el de Robinson Crusoe; ¡y aquella barba, y aquel peinado!

— Vaya, tú eres enemigo del género humano, á lo ménos hoy.

— Bien hay de qué...

— ¡De veras!

— Mas de un motivo hay para eso.

— Explicaos.

En aquel momento se apartaron las damas de la fuente y se acercaron á nosotros. Gruchnitski logró tomar una posicion, gracias á su muletilla, y me respondió en alta voz y en francés:

— Querido, odio á los hombres por no despreciarlos; sin eso, la vida seria una farsa demasiado desagradable.

(Se continuará.)

Ligeros apuntes de un viaje por la América meridional.

LA ISLA FLORIANA. — GUAYAQUIL. — QUITO.

Un pintor francés, M. Ernesto Charton, salió de Paris hace algunos años con la intencion de recorrer la América meridional, con el doble fin de ejercitar su lapicero y de poder volverse á Francia con muchos dibujos y algunas economías. El primer estado que visitó fué la republica de Chile, quedando sumamente complacido del recibimiento que le hicieron, tanto en Valparaiso como en Santiago. No obstante, á pesar de que encontró allí mucho trabajo, no estaba en su carácter ni en sus proyectos el permanecer en Chile largo tiempo. El rumor de las maravillas de la California habia principiado á trastornar las cabezas en América, lo mismo que en Europa, y M. Charton se dejó seducir por el pensamiento, no de ir á recoger pepitas de oro, sino de probar si los favorecidos por la suerte tenían el gusto del arte, ó á lo ménos el deseo de hacerse retratar; ade-

más, justo es decir también que la curiosidad entraba por una buena parte en la resolución de nuestro artista. Pero ¡ay! estaba en su destino, el no llegar á la tierra prometida. De la correspondencia de M. E. Charton tomamos la narración de lo sucedido:

« El amigo mas íntimo que tuve en Chile, D. José Lavigne, comerciante, armó una expedición para la California y me hizo proposiciones para que me asociara á él. Después de haber titubeado algún tiempo acepté. Mi fortuna consistía en unos dos mil pesos en dinero. Lavigne en su calidad de antiguo capitán de marina era muy capaz de conducir una expedición de esa clase, y en efecto, organizó perfectamente todas las cosas y en poco tiempo.

» He aquí el personal de nuestra expedición: D. José Lavigne, comerciante, capitán; — Ernesto Charton, retratista, teniente; — D. José Beecroff, comerciante inglés, tercer socio; — Desiré Duplessy, maquinista francés; — Toribio y Santos, dos jóvenes criados chilenos; — piloto, marinos, pasajeros, etc. Llevábamos á bordo todo lo necesario: una hermosa tienda, camas, mantas, etc.; herramientas, máquinas de lavar; provisiones de toda especie; vinos de Burdeos, de la Concepción, de Oporto, aguardiente, etc.; barriles de carnes saladas, galleta, harina, queso de Holanda, dulces en conserva y buenos cigarros. Yo por mi parte llevaba mis chismes de dibujo y de pintura.

» El 25 de noviembre nos embarcamos á bordo de la *Rosa*. Nuestros amigos de Valparaíso nos ofrecieron una gran comida de despedida.



Elvira, casa de recreo del general Flores, ex-presidente de la república del Ecuador.

» ... Sin embargo, nuestro capitán no lo había previsto todo. Apenas habíamos navegado quince días cuando notó que faltaba agua; era preciso ir á tierra; nos dirigimos hácia el archipiélago Galápagos, y el 18 de diciembre, después de haber sufrido un tiempo de calma bajo la línea que nos hizo conocer los horrores de la sed, fondeamos ante la isla San Carlos (la Floriana). Una vez en tierra, la gente se ocupó al instante en buscar agua; pero la fuente estaba lejos en los montes, y el camino, todo de rocas volcánicas estaba casi impracticable. Se reconoció que era necesario permanecer en el fondeadero cuatro ó cinco días, y los pasajeros que no podían ser útiles para acelerar el trabajo,

resolvieron el segundo día hacer una excursión en la isla. Nosotros tomamos nuestras escopetas para reconocer la fuente; un habitante del país nos sirvió de guía, y fuimos á los pantanos á caza de patos.

» Tanto nos divertimos en aquella expedición, que organizamos otra para el día siguiente.

» En efecto, á la otra mañana, 20 de diciembre, nos embarcamos todos en una lancha de la isla, dimos principio á nuestro paseo mandando algunas aves.

» En cuanto salió el sol algunos de nosotros nos echamos al agua para bañarnos, pero los tiburones nos obligaban á permanecer cerca de la orilla. Después nos detuvimos en una playa donde almorzamos.

» Concluida nuestra comida volvieron á comenzar nuestras diversiones, y este segundo día de fiesta fué tan agradable para nosotros como el primero.

» Aquí finaliza el capítulo de los placeres de M. Ernesto Charton, y comienza el de sus desgracias. Mientras se hallaba en su expedición, el buque había sido robado por el segundo piloto que se había marchado con tres hombres (1). Cuando regresaron á la isla reinaba la mayor consternación entre sus compañeros; diez y nueve hombres se encontraban pues abandonados, y enteramente desprovistos de todos recursos.

(1) Nuestros lectores encontrarán la curiosa descripción de este acontecimiento inaudito en nuestros números 60, 62, 63 y 64, donde le hemos dado con todos sus pormenores, bajo el título de *Robo de un buque en el grande Océano*.



E.L

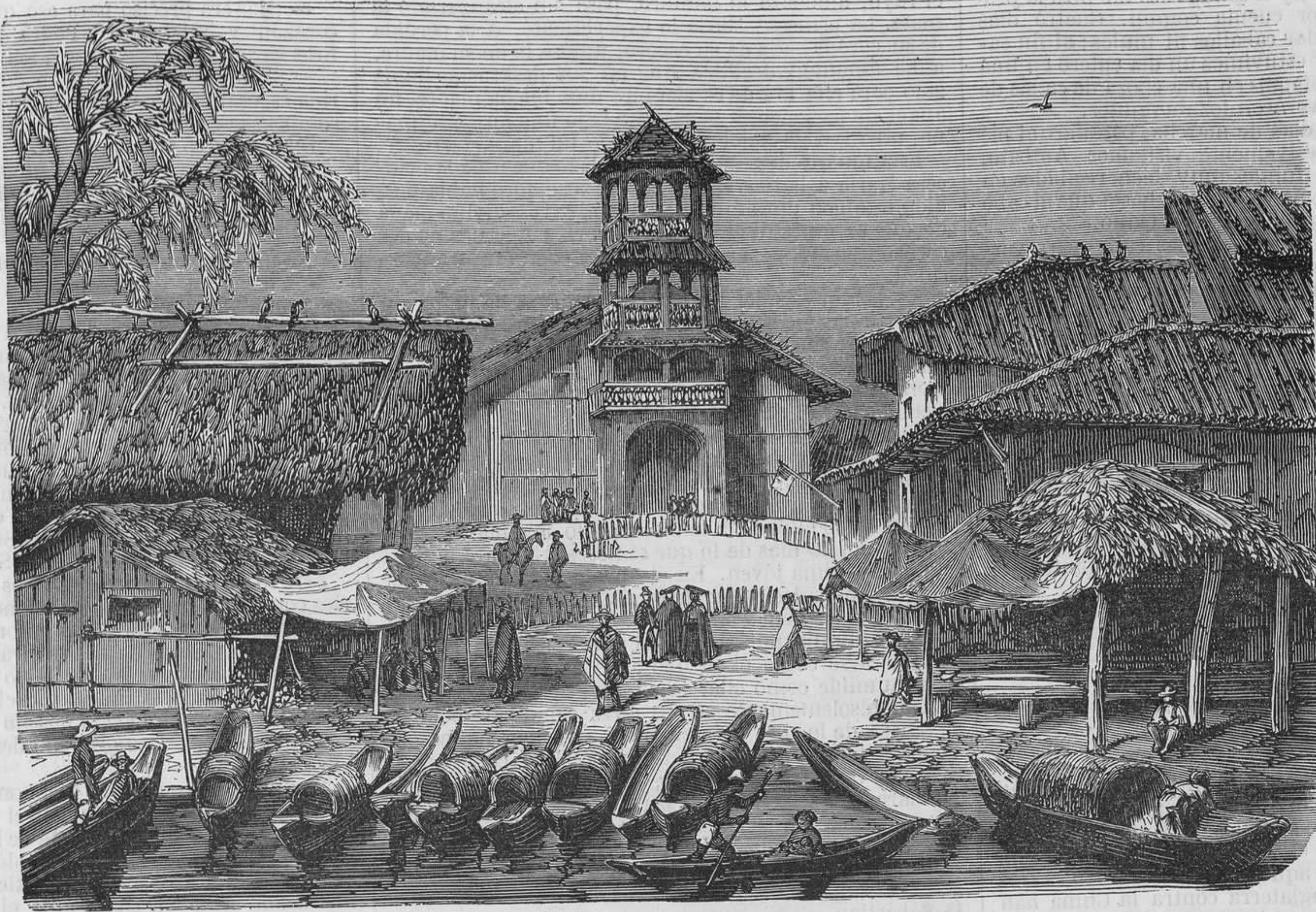
Un discípulo de M. Ernesto Charton, en Quito.



Traje de camino de una señora de Guayaquil.

» Al vernos allí abandonados, continúa M. Ernesto, formamos una infinidad de proyectos; todo lo habíamos perdido, estábamos abandonados y completamente arruinados. No poseíamos mas que los vestidos que llevábamos encima, los cuales, por colmo de desdichas, eran los peores de los que poseíamos á bordo. Bien pronto la mayor parte de nuestros compañeros cayeron malos por falta de alimentos, de abrigo y de ropa blanca. Nos acostábamos en el suelo, y vivíamos de lo que hallábamos á la orilla del mar pescando.»

Aquí se interrumpe la narracion, pero encontramos su continuacion y su fin en una carta de M. Ernesto Charton; fechada en Guayaquil el 7 de julio de 1849.



Iglesia de Bodega.

las casas se hallan adornadas con soportales, y tienen grandes balcones cubiertos ó miradores. Cuando se llega de noche por la mar, y que se descubre ese muelle regular cuyas luces se reflejan en el agua, se viene al pensamiento como un recuerdo de la calle de Rivoli, en Paris.

» En 1829 ardiéron las tres cuartas partes de las casas, y en 1842, la fiebre amarilla mató á mas de la mitad de sus habitantes. La ciudad tiene aun como un velo de tristeza por tan grandes desgracias; las familias no pueden consolarse. Diríase que la epidemia arrebató con preferencia al sexo varonil; el número de mujeres es muy superior al de los hombres.

» Aunque el comercio no tiene el incremento que debería tener, hay ramos en que está floreciente: se exporta mucho cacao, y se fabrican sombreros de paja con una perfeccion inimitable.

En Guayaquil es de mucho lujo llevar sombreros de poca apariencia, y que cuestan tres ó cuatro onzas de oro. En cuanto se estropean un poco, se dan á los criados; un hombre pudiente gasta por año tres ó cuatro sombreros.

» Una visita en un salon de Guayaquil, difiere bajo muchos conceptos de nuestras reuniones en Europa. Las señoras se ponen en línea al rededor de la sala, sentadas en sillas ó en sofás, muy bien vestidas y con su graciosa sonrisa en los labios. El visitante llega á la puerta que se conserva abierta siempre por causa del calor, deja su sombrero de paja sobre una silla, y lentamente va dando un apretón de manos á cada persona, despues de lo cual toma un puesto entre dos señoras.

» El mueble principal de todas las habitaciones es la hamaca, así como el principal manjar es el plátano. En Guayaquil no hay muchas diversiones públicas, y todo viajero se aburriría mucho, sin la amabilidad de los habitantes, que es superior á todo elogio. El 23 de setiembre de 1849 me decidí á marchar de Guayaquil para Quito, en compañía de M. G. vice-cónsul de Francia, de su señora, de M. C., cónsul inglés y de un conde ruso.

» Se me figura, dice, que salgo de un largo sueño y que es mentira todo lo que ha pasado desde el mes de noviembre de 1848. Hemos vivido cincuenta y seis dias sin ropa sobre el cuerpo, sin otros alimentos que algunos pececillos que podíamos pescar y algunas raíces. Pero gracias á Dios, al cabo de muchas luchas y muchas privaciones, llegó á la isla una goleta en febrero de 1849 y nos recogió en número de diez y siete sobre diez y nueve que éramos; los otros dos habian perecido. Despues de una travesía la mas terrible que he tenido, llegamos el 14 á Guayaquil (república del Ecuador).

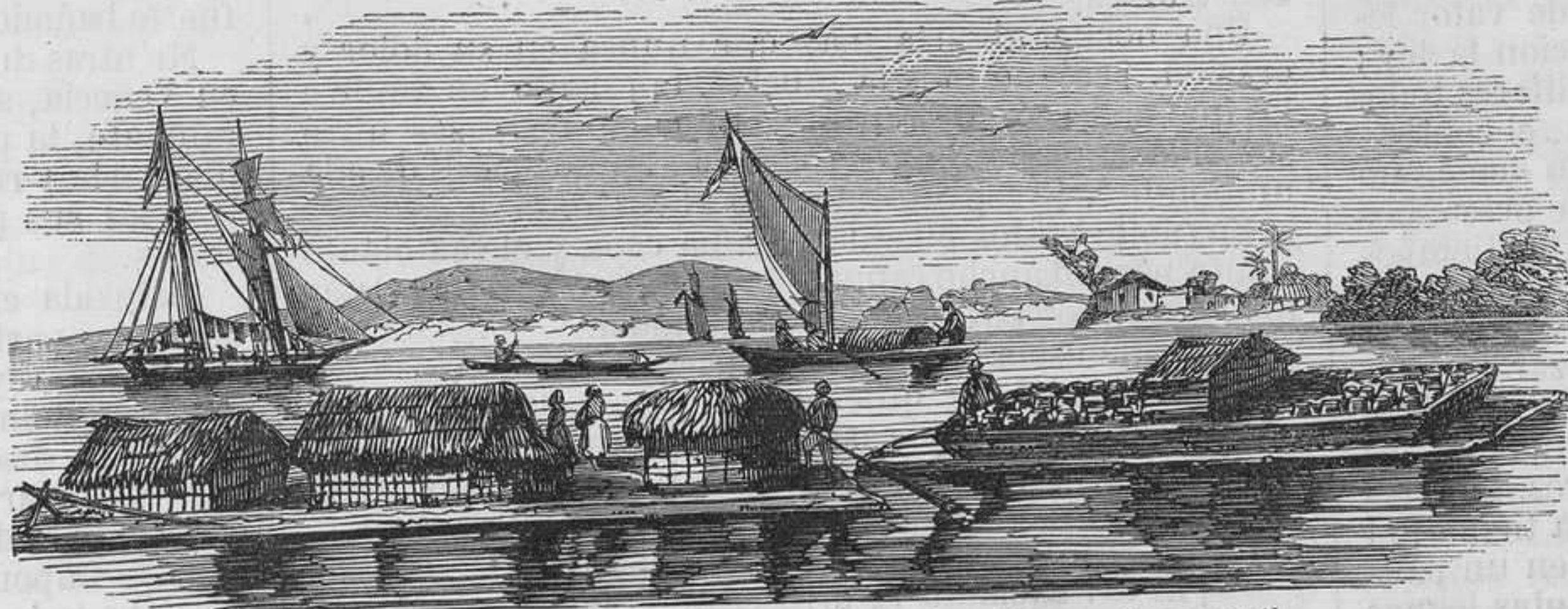
» Como no conocia á nadie, me presenté en casa del cónsul francés que tuvo la bondad de vestirme y de ocuparse de mi persona cuanto pudo.

» Todas nuestras miserias en la Floriania, y veintinueve dias de travesía, nos habian debilitado de tal modo, que á nuestra llegada á Guayaquil, mirábamos las casas con una estupefaccion de salvajes, y nos regocijábamos á la vista de los portales diciéndonos que á lo ménos, despues de trabajar en las calles todo el dia para ganar el pan, tendríamos un buen abrigo durante la noche.

» Pero afortunadamente no tuvimos que soportar tales trabajos; en cuanto supieron en Guayaquil lo que nos habia sucedido, los habitantes con una afabi-

lidad suma, nos proporcionaron lo que necesitábamos, y nos infundieron valor y confianza; las lágrimas corrían de nuestros ojos con aquellas señales de bondad que por todas partes se nos prodigaban.»

A continuacion de estas letras leemos algunas otras

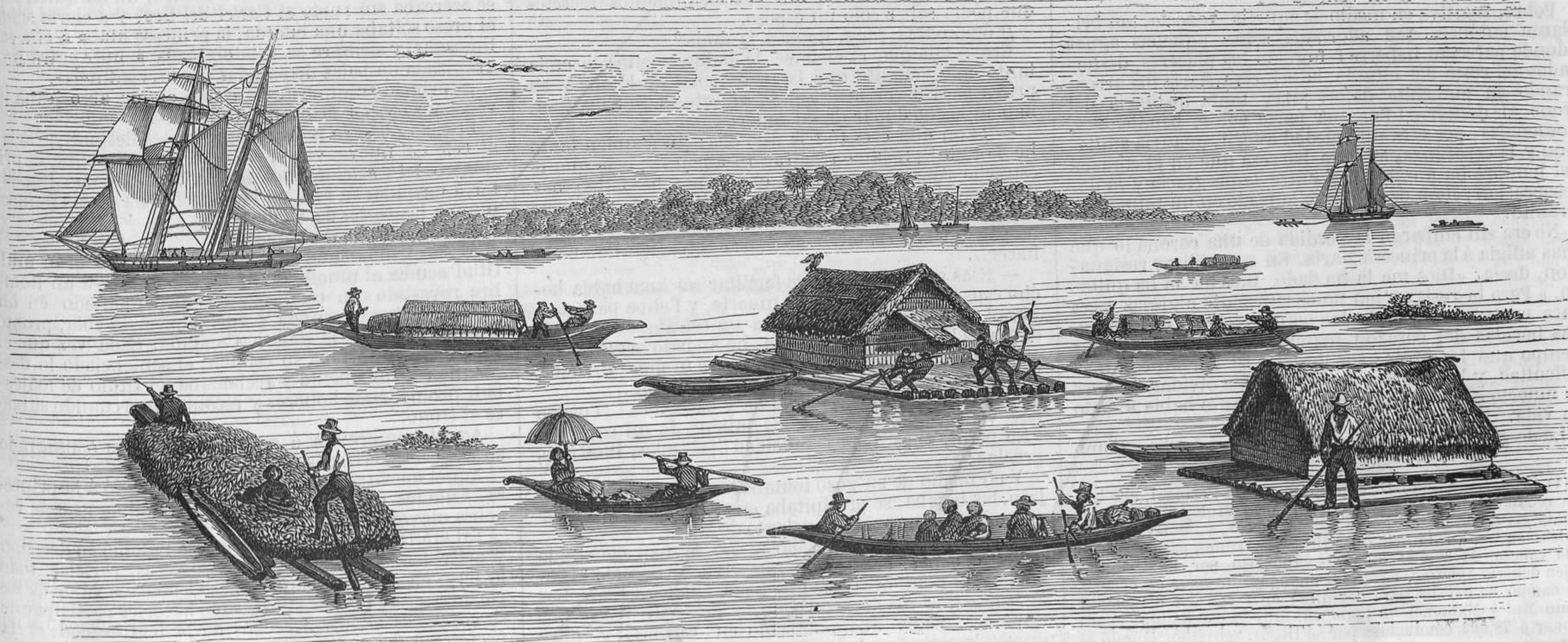


Aguadores, naranjeros y mercaderes de piña, en Guayaquil.

que contienen varios pormenores interesantes sobre las ciudades de Guayaquil y Quito.

» Guayaquil, dice M. Ernesto Charton, se extiende sobre las márgenes de un largo rio, el Guayas; el aspecto general de la poblacion es muy elegante. Todas

que contienen varios pormenores interesantes sobre las ciudades de Guayaquil y Quito.



Casa flotante, canoas y vendedores de plátanos en Guayaquil.

» Llegamos á Bodega, y el conde ruso me hizo la proposición de viajar por cuenta comun. Cuatro días pasamos sin poder hallar caballos ni mulos; al fin salimos para la Sierra, y estuvimos un día entero en una selva virgen; nos acostamos en una choza de cañas de bambú, donde nos devoraron los mosquitos.

» Al cabo de cuatro días de marcha, pasamos al pié del Chimborazo. Sucesivamente visitamos Ambato, Latacunga, Lambio, y fuimos muy bien recibidos en la hermosa hacienda de San Salvador, hasta que al cabo de quince días de caminos llegamos á Quito.

» En Quito se reúne la gente en las calles para verme dibujar. El gobernador me propuso la creación de una escuela de bellas artes; hicimos nuestros ajustes, pero como el Erario no estaba sobrado de dinero, me vi reducido á aceptar la proposición de un abogado que me ofreció 40 pesos por hacer un curso público en el teatro; en efecto, di allí mis lecciones y encontré un muchacho dotado de una capacidad maravillosa para el dibujo; tenía enteramente el ojo de un artista.

» Salí de Quito al poco tiempo, y me aventuré solo por un país desconocido. Luego llegué á Rio-Bamba, y bajé las cuestas peligrosas de las cordilleras durante la estación de las lluvias; por último con mil trabajos llegué á Bodega, donde apenas me detuve mas tiempo que el necesario para sacar la vista de su pintoresca iglesia.

El rey de Calabria.

El 4 de agosto de 1578, cien mil moros y treinta mil portugueses se degollaban en los llanos de Alcazar-Quivir. No era por uno de aquellos graves intereses que afectan al honor ó á la existencia de los pueblos; no era tampoco por uno de aquellos motivos infames que como la guerra de la Inglaterra contra la China han manchado en tantas épocas los anales del mundo. La causa de aquella carnicería era una fiebre marcial, humo de un volcan apagado, resto de aquel instinto feroz que habia caracterizado á los pueblos, durante los siglos que siguieron á la caída del imperio romano (1).

Como siempre, era entonces el combate espantoso, horrible. Las luchas que se verificaban cuerpo á cuerpo, sucedían á los ataques por masas. Cada combatiente arrojaba el peligro, daba ó recibía la muerte sin remordimientos ni temor. En aquella época de valor feroz, la fuerza era el derecho, la preocupación la ley; las virtudes sociales nada, las virtudes militares todo. El estado normal del hombre era la guerra, el combate una fiesta. Sanguinaria energía que por lo demás no dejaba de servir de provecho á las aves de presa. Los buitres se alimentaban de carne humana. ¡Qué tiempos tan felices para aquellos ladrones aéreos!

Al día siguiente de aquella batalla, tuvieron una abundante comida en la llanura de Alcazar-Quivir. Quedaron en el campo cincuenta mil moros y veinte mil portugueses. Muley-abd-el-Malek mandaba los unos. D. Sebastian y Muley Mahomet los otros. Los tres reyes perdieron la vida; el primero en la tienda, el segundo en el campo de batalla y el tercero en un pantano. Felipe II, rey de España, que á doscientas leguas de allí esperaba el éxito de la lucha para despojar al vencido, se aprovechó de la ocasión. Rescató por cien mil escudos el cadáver de D. Sebastian, le hizo unas magníficas exequias, y por saldo de cuentas remitió á la corona de España el Portugal, que volvió á emanciparse en 1640, cuando subió al trono la casa de Braganza.

La viuda de D. Sebastian, la hermosa y desgraciada princesa María de Portugal, se vió forzada á huir de Lisboa y refugiarse en Venecia.

Pobre, fugitiva en medio de aquella Venecia, tan brillante entonces, tan adornada sobre aquellas aguas adonde parecían haberse refugiado los placeres, desterrados del resto del mundo, la princesa María iba arrojando su punzante dolor. ¡Hay tanta distancia del trono al destierro! Por una parte votos, bendiciones, homenajes; por otra una piedad estéril, una fría adulación y la esperanza, aquella barrera que en el corazón del hombre ha puesto Dios, entre la desgracia y la desesperación; filon de oro puro lanzado en un mundo de granito.

No era sin embargo la pérdida de una corona lo que mas afligía á la princesa María. En su sublime resignación, decía: «Dios me la ha dado, Dios me la ha quitado.» Pero la resignación no es suficiente algunas veces para consolar á uno de las pérdidas de las afecciones. Las heridas del corazón manan sangre durante mas tiempo que las otras; sus huellas se borran con mas dificultad, y la princesa María no podía olvidar despues de muerto ese D. Sebastian á quien tanto habia amado en vida.

La desgracia nos abruma pocas veces á medias. Como

el rayo, amenaza al hombre, pasa sin alcanzarle ó le mata. La princesa María lo experimentó. A la pérdida de su corona, á la de su esposo, unióse la de su madre, alma amante y decidida que en sus desgracias habia sido para ella lo que es siempre una buena madre, un ángel de paciencia y de ternura bajo una forma humana, un rayo de amor divino bajo un manto terrestre.

Esta muerte destruyó el último lazo que unía la princesa María á la tierra, porque en su madre habia perdido tambien una amiga; ¡una amiga! ese divino maná de que se muestra el cielo tan avaro y que nos da dos corazones para gozar de la dicha y soportar la adversidad.

En las orillas del Brenta, la princesa habitaba un modesto palacio con algunos criados, fieles almas escogidas á quienes no habia arredrado el aspecto de la desgracia. Era jóven, y los placeres no entraban en su morada; era bella, y ningun homenaje de amor habia podido pasar el umbral de su palacio.

Su vida era una vida de pesares y de dolor, pasaba los días y las noches lamentándose y llorando, abrumada bajo el triple peso de las desgracias de fortuna, de afección y de tiranía; porque desconfiando como todos los tiranos, Felipe II la habia cercado de espías.

Era aquello mas de lo que se necesitaba para destruir á una alma jóven. En el paraje mas sombrío del parque del palacio que habitaba, habia una capilla, cuyas paredes llenas de musgo y negras, revelaban su origen antiquísimo. Aislada en aquel sitio que pudiera considerarse como el último asilo de la plegaria, era esta humilde como ella. Sin torres ni cúpulas que se elevan insolentemente en los aires como para ocultar la bajeza de lo que se arrastra á sus piés, no poseía ella artesanos de oro ó plata, ni preciosas colgaduras, opeles vanos de la riqueza, adquiridos á expensas de los harapos de la pobreza; pero era sencilla, sin otro adorno que reliquias, una cruz y una campana que sobre aquel modesto techo parecia mas propia para transmitir al cielo las plegarias de a tierra. La princesa María añadió un mausoleo de mármol en memoria de D. Sebastian.

Desde aquel día, pasó las noches llorando; allí se exhalaban de su alma plegarias dolorosas, de que Dios solo y los ángeles pudieron contar las palabras y las lágrimas. Allí con las rodillas clavadas en tierra, y junto á aquella tumba que no encerraba mas que un recuerdo, extraña á toda idea mundana, inmóvil, parecia uno de aquellos funerarios que decoran las tumbas y que lloran mientras dura el mármol de que están contruidos.

Una noche, absorta mas que nunca en su dolor y oración, pedia á Dios la muerte, tan lenta en venir á los que padecen. De repente, un ruido de pasos hirió sus oídos, levantó la vista y vió á algunos pasos de ella un hombre. El espanto la clavó al suelo.

Envuelto en los pliegues de una capa y el semblante oculto por un ancho capuz, el extranjero se habia detenido á algunos pasos de ella mirándola.

— ¿Quién sois? le dijo la princesa asustada.

— Soy aquel por quien lloras!

Al decir estas palabras, el extranjero arranca su capuz, tira su capa y sus andrajos, y aparece á la vista de María vestido de brocado y oro tejido por ella misma poco antes de la muerte de D. Sebastian.

— ¡El es! exclamó la princesa... ¡Bendito sea Dios!

Y los brazos del desconocido la recibieron moribunda; aquella vez fué de alegría.

María creyó ser al principio juguete de un sueño. Sin embargo, escuchaba á aquel hombre que le recordaba todo un pasado de amor. Las facciones, la talla, el ademán, la voz, todo se reunía para hacerla creer que era D. Sebastian. Hasta una de sus manos era mas larga que la otra, señal particular que D. Sebastian debia al capricho de la naturaleza. Además, el extranjero le recordaba mil hechos, mil entretenimientos secretos que podia saber solo un esposo.

— ¿Cómo habia, pues, lugar á la duda?

Creyó ella que el cielo se lo habia vuelto: lo creía tanto mas, cuanto que la usurpación de Felipe y su priesa para hacer justificar la muerte de D. Sebastian, habian hecho dudar de tal muerte.

— ¿Con qué eres tú? le dijo ella; ¡tú á quien tanto he llorado! ¡Déjame respirar tu aliento! ¡deja que te estreche sobre este corazón que nunca ha latido mas que por tí. ¡Sebastian mio!... ¡Ah! voy á volverme loca... Entonces Felipe ha mentido... Y ese cadáver que ha pagado tan caro... Y esos funerales que ha hecho hacer...

— Esas son fábulas. Para facilitar mi fuga habia hecho esparcir el rumor de mi muerte, y Felipe para asegurar su usurpación recurrió á un stratagemas. Desde entonces huyendo de su cólera, he andado errante cinco años por el mundo; pero al saber tu amargo dolor, lo he arrojado todo por venir á consolarte...

— Te creo! ¡Eres tú! ¡tu alma y facciones! ¡Pueden por ventura desconocer los latidos de mi corazón? ¡No perdí, pues, toda la felicidad! ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Y en medio de su gozo tomaba las manos del extranjero, las besaba, se precipitaba en sus brazos; se hubieran arrojado con gusto delante de él.

— Modera tu alegría, María, no se han concluido nuestras penas. Felipe sabe que vivo, y tiembla al escuchar mi nombre. Teme que haga valer mis derechos al trono que me ha usurpado, y me hace pasar por impostor. Estoy anatematizado en Europa, y muy pronto lo estaré en todo el mundo. ¿Quién sabe si llegará á hacerte dudar á tí misma de mi identidad?

— ¡Mas era preciso para eso que hiciera mentir á mi corazón y mis ojos! ¿Podrá hacerlo por ventura? Eres tú; sí, bien te conozco, Sebastian mio.

— Sí, soy yo, que estrecho en mis brazos á mi querida esposa, cuya constancia y virtudes ha querido recompensar el cielo! Yo soy D. Sebastian.

Ella lo creyó y se lo probó.

La aurora los sorprendió juntos, y con ella apareció un hombre de siniestra fisonomía, que adelantándose hácia ellos se desembozó y enseñó en su cinturón las tres letras fatales C. D. X.

Era un enviado del terrible consejo de los diez.

— En nombre de la república, os mando que me sigais, dijo al príncipe.

Era imposible la resistencia. A la voz del esbirro, se habian adelantado algunos hombres de armas, y de los brazos de la princesa habia pasado á los de estos, y fué maniatado como un bandido.

Se lo llevaron; y entre los gritos de desesperación de María se pudieron oír las palabras siguientes: «Juro consagrar á la libertad del rey mi esposo mis bienes, mi honor, mi vida. ¡Reinaré ó moriré!»

El príncipe ya estaba lejos. Le encerraron en uno de los calabozos del puente de los Suspiros. Era acusado de haber tomado el nombre de D. Sebastian.

Estuvo en el calabozo dos años. En sus interrogatorios confundió el Senado veneciano por la sagacidad de sus respuestas, y sobre todo recordando los pormenores mas minuciosos de administración entre la república y Lisboa. Pero en fin, cediendo á los argumentos de Felipe, el Senado le juzgó, y declarado por el consejo infame hechicero que habia tomado la semejanza de Don Sebastian rey de Portugal, fué desterrado de la república.

Algunos portugueses lo hicieron pasar disfrazado de fraile dominico á Florencia. Allí el Gran Duque lo prendió y envió á Nápoles al conde de Lemos, virey de Felipe. Interrogado por este venerable anciano, le recordó su embajada á Lisboa y mil particularidades de administración. Ante él, como ante el Senado de Venecia, como en todas partes, nunca desmintió un instante la majestad de rey. La llevó hasta el extremo, estando cargado de cadenas delante del virey, que por el calor estaba con la cabeza descubierta, de mandarle con autoridad que se cubriese en su presencia como grande de España que era. Sin embargo, á pesar de su íntima convicción, no atreviéndose á desobedecer á Felipe, cuyas órdenes no se infringían impunemente, el conde de Lemos lo mandó encerrar en Castel-del-Ovo, castillo fuerte bañado por las aguas del mar.

Mientras duró el encarcelamiento de D. Sebastian, sea en Venecia, sea en Florencia ó en Nápoles, fiel á su juramento, la princesa María lo puso todo en juego para libertarle y restablecerlo en su trono. Pero Felipe burló todos sus planes, y acabó por privarla de sus pensiones.

Reducida entonces á los recursos aleatorios de algunos fieles partidarios para luchar contra uno de los mas poderosos reyes de Europa, la princesa María no se arredró. Reina, durante la noche en los conciliábulo en que se discutian las medidas que debían tomarse para asegurar la restauración de D. Sebastian, se reducía al estado de mendicidad durante el día; pordiosera de paso imponente y noble, y cuyo alto nacimiento lo revelaba todo, menos el traje.

En efecto, vestida de peregrina, andaba errando por las calles de Nápoles, implorando la piedad de los ricos por un hombre ilustre perseguido. Era tan bella aquella pordiosera de sangre real, su voz era tan interesante, que nadie le negaba nada. Recogía abundantes limosnas, y hacia de ellas dos partes: una destinada para formar á D. Sebastian un partido en Portugal, y otra para aliviar la suerte del prisionero.

Y siempre que la noche era oscura, un barquichuelo se acercaba sin ruido al Castel-del-Ovo, y á cierta señal el preso soltaba una cuerda, la princesa ataba á ella sus limosnas, y siempre se veía obligada á huir entre una granizada de balas disparadas por los centinelas.

¡Sacrificio sublime que durante el día arrostraba la vergüenza y por la noche la muerte!

El cielo no se lo recompensó, y poco despues, gracias al celo del nuevo virey, el conde de Benavente, el prisionero del Castel-del-Ovo fué condenado como impostor á terminar su vida en la pequeña isla de las Damas, junto á las costas de Sicilia.

Era el presidio de Nápoles.

Al siguiente día de aquella sentencia, una gran multitud acudia al muelle de Nápoles para ver á un hombre revestido con una áspera túnica montado en un asno, la cabeza desnuda y vuelta hácia la cola, pronto á embarcarse en la galera Capitana. Cada vez que el prisionero anunciaba su crimen, el sentenciado lo desmentía solemnemente y reclamaba el título de majestad, prometiendo honores y recompensas cuando subiese al trono.

Aquel hombre era á quien María habia consagrado su vida de sacrificios.

Aquel nuevo golpe de la fortuna no alteró á la princesa. Ante los obstáculos y reverses una alma grande recobra mayor energía.

Tal era la de María. Esta princesa redobló su decisión y actividad. Suplicó dinero, promesas, caricias, todo lo puso en planta reanimando el abatido valor de los partidarios de D. Sebastian, supo hacerlos participar de su confianza en los derechos de la legitimidad, en la protección del cielo, y mas que todo los llenó de esperanza. Desde el momento que su partido le pareció bastante fuerte para hacer temblar al usurpador Felipe

(1) Habiendo sabido D. Sebastian, rey de Portugal, que habia estallado la guerra en Marruecos entre Muley Mahomet-el-Montaser, soberano de Fez y de Marruecos, y Muley-abd-el-Malek, su tío, que lo habia derribado del trono, pasó á Africa á la cabeza de 30,000 hombres. Indeciso por el partido á quien deberia auxiliar, esperó el momento de verse en el mismo campo de batalla para decidirse en favor del mas débil. Como Muley-Mahomet no tenia mas que 12,000 hombres para oponer á 78,000 conducidos por su tío, D. Sebastian se unió al primero.

pe, procuró volver un soberano legítimo al amor y al voto de sus súbditos.

Fué en la noche del 7 de diciembre de 1592. Desde el fondo de un ancon de las costas de Calabria, partió á remo y vela una barca de pescadores. Recostada mas bien que sentada en la parte posterior y en un estado visible de desfallecimiento, habia una mujer jóven aun, envuelta en los pliegues de un ancho velo. A su lado estaba un capuchino de barba crecida y blanca. Rogaba con fervor por aquella alma agonizante, como si hubiese querido abrir las puertas del cielo á una alma pronta á dejar el mundo. El mar estaba agitado. Los viejos marineros creian en una tempestad; pero la dama y el capuchino no habian titubeado en arrostrar el peligro.

El amor y la decision conducian á la una, la caridad cristiana al otro.

Este último era el padre Andrea, capellan de los galeotes de la isla de las Damas; la primera era Maria de Portugal.

Pero ya no era aquella princesa tan hermosa del palacio de Venecia; mucho ménos aquella pordiosera de las calles de Nápoles. Diez años habian pasado desde entónces, diez años de sacrificios y de luchas; la vida de la pobre princesa se habia gastado, y solo el soplo de la esperanza parecia unir al mundo su cuerpo enflaquecido.

A alguna distancia de la playa, un fanal encendido fué izado en el mástil, y esta señal fué contestada con un cañonazo disparado por un navio de guerra portugués. La barca se unió al navio, y caminaron juntos hacia la isla.

— ¿Me diréis en fin lo que esperais de mí? dijo el capuchino á la princesa.

— Se trata, padre, de volver una corona á su legítimo poseedor. ¿Creéis que es una obra meritoria para Dios?

— Sí; Dios bendice siempre á los que esperan en él.

— Se trata de lo siguiente. ¿Os acordais de haber recibido hace diez años en Nápoles, la confesion de la princesa Maria de Portugal, viuda de D. Sebastian, que segun el rumor público vivia aun?

— Me acordó de ello.

— Yo soy la princesa Maria.

El capuchino se asombró.

— Os costará trabajo reconocerme, dijo ella sonriendo tristemente; lo creo. Mi vida ha sido un tejido de desgracias; pero no lo sentiré si vivo bastante tiempo para libertar á mi real esposo, que vive aquí en esta isla, víctima de la ambicion de Felipe, mezclado con la escoria del reino.

He recorrido el Portugal, fiel á su memoria. He sublevado á algunos contra el usurpador. He preparado el regreso del rey legítimo, y recibido las bendiciones del pueblo. Algunos fieles portugueses aguardan á su soberano en ese navio. Necesitaba un hombre que conociese el sitio, y cuyo carácter respetuoso pudiera imponer á los guardas. ¿Me he equivocado eligiendo un ministro de Dios para una obra tan santa?

— No, princesa, os ayudaré con todo mi poder y Dios secundará nuestros esfuerzos, porque para una obra santa quien quiere puede.

— ¡Dios os escuche! Ahí teneis oro para asegurar el éxito de nuestra empresa. Y arrojó algunas monedas al padre capuchino.

Al amanecer desembarcaron. La princesa, moribunda y llevada por los remeros, se detuvo en el sitio llamado desde entónces *Croce della Stragone*. El capuchino entró en el presidio.

Prodigando el oro, valiéndose del ascendiente de su carácter y posicion, en ménos de una hora habia asegurado la libertad del galeote que designara la princesa cuando desembarcase la tripulacion portuguesa.

Dió cuenta de este feliz resultado á Maria, y cada una de sus palabras parecia reanimarla. Sus ojos, antes lívidos, brillaron de un modo extraordinario, y un encarnado vivo coloreó sus mejillas. Todo en ella, hasta sus labios pálidos y azulados, parecieron recobrar nueva vida; parecia que se apresuraba á vivir para anticipar el feliz momento en que debía cumplirse su juramento de Venecia.

En aquel momento las chalupas del navio llenas de grandes de Portugal llegaron á la isla, y los galeotes se adelantaron tumultuosamente hacia el sitio en que estaba la princesa.

El aspecto de aquellos hombres de vacilante paso, de torva mirada, de atrevido ademán, de palabras obscenas, era repugnante; estaban llenos de andrajos y medios desnudos. Venian prorumpiendo en gritos de alegría y asquerosas carcajadas, llevando en triunfo á uno de ellos á quien decoraban con el título de *rey de Calabria*.

Era un hombre jóven aun, y cuyo embrutecimiento y los andrajos que le cubrian no habian podido borrar cierta nobleza en el porte y las facciones.

La princesa Maria reconoció en él al hombre que habia visto en Venecia, aquel D. Sebastian por quien habia sacrificado su vida, el esposo amado cuya libertad era entónces segura. Aquella vista por repugnante que fuese, compensó diez años de sacrificios y trabajos. Se consideró feliz en haber vivido hasta entónces y para prolongar aquel relámpago de felicidad, su alma pronta á desaparecer de este suelo, aguardó.

— ¡Ahí está! decia ella; es él, D. Sebastian: mi corazon y mis ojos lo han conocido. ¡Gracias, Dios mio! He vivido bastante tiempo para volverle su corona.

En aquel momento los galeotes estaban á algunos

pasos de ella. La princesa, yendo á recibir al que ellos llamaban *rey de Calabria*.

— D. Sebastian, exclamó aquella desgraciada, mi juramento se cumplió; tus súbditos fieles te aguardan en ese navio. He empleado mi vida en preparar tu restauracion: moriré; pero reinarás.

El hombre á quien se dirigia la miraba atontado.

— Os engaiais, princesa, dijo el capuchino; el hombre á quien hablais es Marco Tulio, Cabezon de Maczana; es de mi tierra.

— ¡Ah! me acuerdo, dijo en fin el galeote. Eres la princesa Maria de Portugal; he sido tu segundo marido en Venecia.

Y acompañó estas palabras con una ruidosa carcajada.

Los galeotes hicieron coro con él.

Las carcajadas vibraban aun en el aire, y ya la desgraciada Maria habia caido muerta en los brazos del fraile.

En su indignacion, los señores portugueses dieron de puñaladas al galeote.

No era en efecto mas que un aventurero que aprovechándose de una perfecta semejanza con D. Sebastian, habia estudiado los hechos mas notables del interior y de la administracion del rey de Portugal, y se habia hecho pasar por él. Embrutecido por el régimen del presidio y los licores, no habia conservado mas que algunos recuerdos de un papel con el cual habia engañado diez años antes hasta á la misma viuda del rey, y sus compañeros le habian llamado por diversion *rey de Calabria* (1)

EMILIO LOUVESTRE.

Descubrimiento.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto los siguientes preciosos pormenores:

El autor de una carta publicada por la *Abeja del Norte*, y fechada en Jittomir el 12 de junio último, supo por casualidad, al leer una revista rusa, que en la villa de Kammenoi-Brod (distrito de Rodomys), se habian descubierto vastos depósitos de piedra de labrador. Como esta villa no distaba mas que noventa metros de Kieff, el autor fué á visitarla para examinar tan importante descubrimiento.

He aquí la descripción que hace de aquel pueblo, llamado quizá á desempeñar un papel muy importante en el comercio y en la industria.

Un pequeño río muy pintoresco, llamado Bistrieka, atraviesa el pueblo; sus orillas están formadas por rocas de labrador y su cauce es igualmente de esta sustancia, desconocida por tanto tiempo. La existencia de una superficie de 450,000 pies cúbicos, ocupada por una masa compacta de labrador, pareceria un hecho fabuloso si no se hubiese demostrado con datos oficiales. Estos datos los he visto en Kieff, así como tambien las rocas pintorescas de labrador en Kammenoi Brod, y en la casa de un propietario, una multitud de objetos contruidos con este mineral, toles como mesas, vasos, botellas, etc., confeccionados, es verdad, por manos inexpertas, pero de brillantes y variados colores maravillosamente confundidos.

La piedra labrador, sin ceder en solidez al granito, sobrepaja al mármol por su belleza y el brillo que presta á los palacios mas suntuosos una magnificencia notable por el juego de sus colores, que brillan á los rayos del sol con una apariencia fantástica. En adelante se podrá decorar con labrador, no solamente el interior de las habitaciones, sino el exterior de los edificios: se podrán igualmente embaldosar los patios, hacer columnas para los balcones, y aun construir hermosos puentes. Las cánteras de Kammenoi-Brod son tan abundantes, que la explotacion de masas gigantescas de piedra labrador no ofreceria la menor dificultad.

Hasta ahora no se habia conocido en todo el universo la existencia de una extension tan vasta de labrador, y el autor de la carta extraña, con razon, que semejante descubrimiento, anunciado ya por los periódicos, no haya producido todavia mas importantes resultados. Pudiera objetarse que el transporte de un mineral tan pesado es muy difícil; pero á esto se puede contestar que los rusos son bastante industriosos para encontrar mil medios de facilitar el transporte de las mas pesadas cargas. La villa de Kammenoi-Brod se halla situada cerca del río Tetteref, y próximo á este corre el Dnieper que reúne, gracias á un buen sistema de canalizacion, las aguas del Báltico con las del mar Negro, cuyos puertos están en relacion con todos los países del mundo.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Fisiología de Paris. — Promesas de bailes y de fiestas. — La nueva Atenas. — Definicion de la mujer á la moda. — El corpiño Ana de Austria, las mangas Luis XIII y las mangas Médicis. — Sobre las faldetas largas. — Traje de ir en coche. — De los nuevos sombreros. — Tocado Pradier y tocado Rachel. — Promesas de trajes de baile. Descripción del figurin de este número.

En las grandes crisis, en las circunstancias excepcionales, me explico yo perfectamente porque Paris es el punto de reu-

(1) Cabezon fué el quinto aventurero que despues de la muerte de D. Sebastian le hizo pasar por él. Dos de ellos, Mateo Alvary y Gabriel de Espinosa murieron en el cadalso; los otros dos perecieron miserablemente.

nion de todas las elegancias y de todas las celebridades, el sueño dorado de todas las imaginaciones jóvenes y ardientes, el paraíso del lujo y del placer, la capital por excelencia, la reina de la civilizacion en nuestros días.

Consiste en que Paris es un terreno neutro donde todas las naciones, todas las lenguas, todas las opiniones se encuentran y se cruzan en la mayor independencia.

Paris se divierte siempre y ante todo; se divierte con todas las cosas y en cualquier tiempo. Vengan revoluciones, dasastres, epidemias, guerras, Paris baila y se divierte; mas aun, las catástrofes le proporcionan ocasion de divertirse, pues bailará á beneficio de los desgraciados, y brindará á su salud: ¿no hubo despues del terror el *baile de las victimas*?

Por este motivo, acuden á Paris de las cuatro partes del mundo los aficionados á placeres y locuras; todos los privilegiados de la fortuna se dirigen hacia este mundo radiante, hacia este palacio encantado que su imaginacion puebla de antemano con todas las seducciones y maravillas. Paris nos promete un invierno brillante con fiestas particulares y fiestas en la corte; se habla de reanimar los bailes de máscara de la Opera con toda la magnificencia de otros tiempos, pero para eso seria preciso encerrar en la escuela toda la juventud dorada de la nueva Atenas...

— ¿Qué se entiende por la nueva Atenas?

La nueva Atenas comprende ese barrio lujoso donde vive la juventud parisiense del bello sexo, y todos esos hijos de familia que gastan el dinero y la honra de sus casas con las mujeres á la moda.

— ¿Qué se entiende por una mujer á la moda?

Antes de aceptar esta expresion recibida entre cierta gente, seria preciso establecer si no hay mas que una moda, lo que no puede ser, pues hay la moda de la aristocracia, la moda de las personas pudientes, la de las clases acomodadas, la de la madre de familia, la de la ancianidad modesta, y por último, la moda desvergonzada de las mujeres mundanas. Y aun olvido la moda de la actriz y la moda de las artistas que tienen una fisonomía diferente. Segun estas modas variadas seria lógico y natural que al hablar de una mujer á la moda, se dijera de qué moda...

Yo entiendo por una mujer á la moda, una mujer que viste con elegancia y distincion, que lleva las primeras creaciones del buen gusto sin exageraciones, que puede llevar un tocado ó una guirnalda de flores que otra mujer no podria, que tiene un talle esbelto y delicado, que sabe que es hermosa sin hacerlo notar mucho, que cambia á menudo de vestidos y de sombreros, que no conoce la economía porque es rica, y que da á los pobres con una facilidad que cambia de trajes. Así comprendo yo la mujer á la moda: hermosa, rica, coqueta, elegante, caprichosa, modesta y buena.

Para esta clase privilegiada inventa en efecto la moda sus obras mas perfectas, como verbigracia el corpiño Ana de Austria que acaba de salir á luz, y que se lleva para soiré, para el teatro y para las comidas de etiqueta. Es un corpiño de encaje y entredos, con faldetas muy largas, y con mangas adornadas con lazos de raso azul cuyas puntas pasan bajo un volante de encaje y de bordado que forma transparente. El corpiño se repite en encaje de Chantilly y terciopelo negro, con tirantes de encaje: su moda se propaga rápidamente; se ven sobre los corpiños de vestir, lo mismo que sobre los de baile.

Como alta novedad figuran tambien las mangas Luis XIII formadas de gruesos afollados de tul encerrados en anchos lazos de cinta blanca, azul ó de color de rosa; estos afollados de tul tan bien rizados producen un efecto delicioso.

Ahora citaré la manga Médicis, que lleva igualmente dos gruesos afollados de tul, sobre los cuales caen dos volantes de punto de Inglaterra. Estas mangas sientan muy bien con un corpiño de terciopelo negro de largas faldetas con puntilla de encaje negro en hileras separadas por otras tantas guirnaldas bordadas de seda negra y oro.

El corpiño de terciopelo se usa con falda de tafetan negro adornada con tres altos volantes de encaje de Chantilly colocados sobre otros volantes de tafetan negro cuyo borde festoneado es mas largo que el encaje.

Se habia dicho que no habria mas faldetas, y se hacen ahora mas largas que nunca. Algunas de ellas llevan un volante que principia la serie de los volantes que guarnecen la falda. Todos los trajes de vestir llevan volantes, aun los de lana, lo que no está por cierto muy gracioso. Las faldas tienen una pequeña cola de diez cent., y son de mucho vuelo; además la moda quiere que vayan huecas, por lo cual se gastan enaguas bien almidonadas. Creo que muy pronto volveremos á los tontillos de nuestras abuelas.

He aquí la descripción de un traje para ir en coche y de tertulia de media etiqueta: el vestido es de tafetan color de perla con cinco volantes cubiertos con adornos de franja de pluma color ceniciento y blanco; entre cada franja hay una hilera de puntos bordados de seda blanca, que parece un cordón de gruesas perlas; el corpiño lleva faldetas largas rodeadas de pluma y de bordados como los volantes; las mangas se componen de cinco volantes sobrepuestos que se ensanchan hacia abajo, y con el mismo adorno que la falda; el delantero del corpiño va cerrado hasta el cuello, y lleva una doble hilera de botoncitos de perlas finas, de las llamadas *négras*, sostenidas de dos en dos por una cadenuilla de oro. Estas botonaduras es cosa muy nueva; un cuello grande de guipure de Venecia cae muy abajo sobre este gracioso corpiño; las mangas interiores son tambien de punto de Venecia, y llevan sobre el puño cinco puntillas de lo mismo que suben hacia lo alto de la manga, y están prendidas en su extremidad con un botoncito de perlas negras parecidas á las del corpiño.

— ¿Pero qué sombrero se lleva con este vestido?

Se lleva un sombrero de tafetan blanco sin otro adorno que dos sesgos de cinta blanca á cada lado del casco, que se atan en nudo corrido encima de la guarnicion de detrás sobre la cual flotan sus puntas. Al borde del ala hay un velito de blan-

da, y en el interior una ruche de blonda con un racimito de uvas de perlas negras y un lazo de terciopelo azul celeste, cuyas puntas caen desiguales. El color del lazo debe acordarse con los ojos de la persona que lleva el sombrero; se hace de todos los sombreros á la moda se adelanta en punta sobre la frente. Es el género María Stuardo un poco modificado. El interior, de color oscuro, se adorna con encaje negro, y lleva además flores, cintas y pederías.

Los lazos que se ponen á todos los sombreros van sueltos por lo regular, y se componen de tres lazadas y dos puntas; sobre las cintas de tafetan se cose un terciopelo con puntilla de encaje negro ó blonda blanca.

Todos estos pormenores no son divertidos, pero me detengo en ellos porque los creo indispensables; una revista de la moda hoy no tiene aun el baile para animarla. Sin embargo, en la Opera y en los Italianos, la moda se muestra escotada y con guirnalda de flores; los dos tocados á la orden del día se llaman á la Pradier y á la Rachel; el tocado Pradier se obtiene por delante con bandós ondulados que caen muy abajo sobre el cuello; para teatro ó para baile se coloca entre el bandó y la trenza un ramito de flores, con cordoncillos de brillantes ó

perlas; dos anillos de cabellos guarnecen las sienas; por detrás los cabellos van trenzados en laberinto, sin que por eso vayan atados.

El tocado Rachel se compone de dos bandós, el uno aplastado y ondulado y un poco corto, dejando ver la mitad de la oreja, y el otro afollado y muy ancho que cae hácia atrás sobre el pescuezo. Este último va muy alto y encrespado. El rodete queda suelto y medio oculto por un grueso lazo de terciopelo negro, con dos puntas flotantes cayendo á la izquierda.

Las faldas de los vestidos son de tul afollado y sembrado de flores; parecen zarzas; los corpiños son como las faldas, y cuando los vestidos son simplemente de volantes, van adornados con tirantes de cinta ó de encaje. El mes próximo hablaré largamente de los trajes de baile; hoy terminaré con la descripción de nuestro figurin, que representa dos prendidos de invierno.

El primer traje es el de una mujer de veinticinco años, y se compone de un vestido de tafetan color de perla con tres altos volantes ribeteados con una ancha banda de felpilla cenicienta. Corpiño escotado á la Watteau, con solapas de felpilla; dos lazos de cinta de tafetan con orilla de raso adornan el delantero del corpiño; las mangas aplastadas se componen de cinta de

tafetán, y alternan con las bandas de la tela; la manga lleva por abajo un volante sobre el cual hay cuatro lazos de cinta puestos de distancia en distancia; cuello mosquetero de punto de aguja con camisolín de encaje; mangas Rafael también de punto de aguja compuestas de tres volantes; brazaletes orientales, guantes color de paja; sombrero de terciopelo epínglé azul de Sevres y con ruche de blonda, adornado á cada lado con rizados de crespón blanco sonrosado; cintas de tafetan blanco, con orillas de tafetan azul.

El segundo vestido es de muaré antiguo azul de Francia. El corpiño va adornado con bandas de plumas, y las mangas aplastadas llevan también al borde una banda de pluma; en toda la altura de la manga hay listas de pluma; cuello de guipure gótica; afollados de tarlatana cerrados con un puñito de guipure; esclavina Graziella de terciopelo color de castaña, adornada con una ancha banda de felpilla imitando la pluma, y con un largo fleco debajo de la primera banda; sombrero de terciopelo epínglé adornado con una guirnalda de rosas amarillas; al rededor del ala hay un velito de blonda; guantes color de perla, y botitas de muaré antiguo del mismo azul que el vestido.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El mes de Noviembre.

Fuelle incansable y eterno
Este mes, si no me engaño,
Muestra en su cara de invierno
Lo que hay mas triste en el año.
Sopla en el campo y la córte
Vientos del Sud y del Norte;
Y aunque Noviembre nefando
Pasa la vida soplando,
En mi tierra dicen que es
Dichoso mes,
Porque entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Hay quien el proverbio niega,
Que bien le pueden negar
El que pierde cuanto juega
Y el que pierde sin jugar.
Mas para aquel que sus ócios
Dedique á buenos negocios
Que el lucro al trabajo igualen,
Quiero decir, sino salen
Sus cálculos al revés,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

A pesar de lo que escribo,
Para el pensador profundo,
Como todo es relativo
No hay bien ni mal en el mundo.
Así, aunque malo Noviembre,
Y aun mas malo que Setiembre
Para quien duerme á la luna,
Es para el que hace fortuna,
Si no la pierde despues,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Y nadie á broma lo tome,
Porque es verdad si no chiste,
Que para aquel que no come
Aun el mes de Mayo es triste.
Mas para el hombre que tiene
Cuanto á la vida conviene,
Salud, bienes, ¡friolera!
Y una ninfa que le quiera
Con noble desinterés,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Para el que trata con suegra,
Lleva una manta de palos
O sufre la pena negra,
Todos los meses son malos.
Mas para el hombre soltero
Que se encuentra en candelero
Y es afortunado amante
Y además tiene abundante
Papel del cinco y del tres,
Dichoso mes

El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Mal mes Noviembre parece
Cuando zumba el aquilon,
Para el triste que carece
De camisa y de carbon.
Mas para aquel que recrea
Su vista en la chimenea
Y anda en coche acurrucado
Y está además abrigado
De la cabeza á los piés,
Dichoso mes

El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Cargan mucho en ocasiones,
Lo confieso aunque me rio,
Las tremendas precauciones
Que hay que tomar contra el frio.
Mas con tal de andar á gusto,
Aunque el hombre cause susto,



Forrado con paño y cuero,
Y ni aun se quite el sombrero,
Pecando de descortés,
Dichoso mes,
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Noviembre por mil razones
Es muy mal mes en España
Si facciones y ladrones
Se lanzan á la montaña.
Mas si no abundan los pillos
Y sosiegan los bolsillos
Libres de gente garduña
Y no entran en Cataluña
Las bandas de matinés,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Pero aunque atroz indigencia
Extienda suerte tan dura
A Castilla y á Valencia,
La Mancha ó Extremadura;
En Madrid dice la gente,
Apurando alegremente,
Merengues y caramelos
Con ojuelas y buñuelos
Y el tintillo aragonés,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Que este mes la vida acorta
Demostrar no es necesario,
Pues la presencia soporta
Del signo de Sagitario,

Mas aunque á nuestro pellejo
Su segur aseste el viejo,
Mostrando al orbe afligido
Que ya el tiempo ha fenecido
Del árbol y de la miés,
Dichoso mes
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

Pero cansaros temiendo
Aquí mi letrilla acaba
Que ha ido creciendo, creciendo,
Mas de lo que yo pensaba.
Y puesto ¡mala polilla!
Que es ya larga esta letrilla,
Diré para concluir,
Ou, s'il vous plait, pour finir,
Como dicen en francés,
Dichoso mes,
El que entra con Todos-Santos
Y acaba con san Andrés.

J. M. VILLERGA.